

# **EL CASO DEL DIAMANTE**

**Víctor García Barquero**

## EL CASO DEL DIAMANTE

Esta obra fue publicada en su primera edición por la editorial Bohodón Ediciones.

Primera edición: marzo de 2012.

Actualmente está publicada de forma independiente: Amazon Publishing.

Todos los derechos: @ Víctor García Barquero.

Última edición: septiembre 2022.

ISBN:

Con cariño,  
para mis lectores.

## ÍNDICE:

El corral de comedias

Me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hicieron libres.

Salió tu hija tan hermosa, que salieron a verla cuantos había en el pueblo y todos decían que era la más bella criatura del mundo.

La buena y verdadera amistad no puede ni debe ser sospechosa de nada.

Váyase el muerto a la sepultura y el vivo a la hogaza.

Haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él a la mesa.

Esta que llaman fortuna es una mujer borracha y antojadiza y, sobre todo, ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba ni a quién ensalza.

Amor y deseo son dos cosas diferentes: no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama.

Venía a buscar a su amo, cuya compañía le agradaba más que ser gobernador de todas las insulas del mundo.

La pluma es la lengua del alma.

Los celos son señales de amor, es como la calentura en el hombre enfermo que el tenerla es señal de tener vida, pero vida enferma y mal dispuesta.

Confía en el tiempo, que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades.

Las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se sienten bestias.

Amistades que son ciertas nadie las puede turbar.

El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho.

En los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados.

Cada uno es como Dios lo hizo, y aun peor muchas veces.

La hermosura del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con ventajas.

La falsedad tiene alas y vuela, y la verdad la sigue arrastrándose, de modo que cuando las gentes se dan cuenta del engaño ya es demasiado tarde.

Tanto más fatiga el bien deseado cuanto más cerca está la esperanza de poseerlo.

La libertad es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.

No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales.

No hay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que la muerte no consuma.

Pero el pícaro escudero, que sabía que el encantamiento de Dulcinea era mentira, como le dolían los golpes empezó a dar latigazos a los árboles y no a su espalda.

Al bien hacer jamás le falta premio.

En mucho más se ha de estimar un diente que un diamante.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

No es oro todo lo que reluce.

Después que me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos.

La guerra, así como es madrastra de los cobardes, es la madre de los valientes.

Aún entre los demonios hay algunos peores que otros, y entre muchos malos hombres suele haber alguno bueno.

¡Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe a las reales personas! ¡Vete, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira!

Para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna.

Desta manera habían de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido y sin blanca.

Para todo hay remedio, si no es para la muerte.

La honra del amo descubre la del criado; según esto, mira a quién sirves y verás cuán honrado serás.

En los casos arduos y dificultosos, en un mismo punto han de andar el consejo y la obra.

La grandeza del rey resplandece más en el misericordioso que en el justiciero.

Es bueno mandar, aunque sea un hato de ganado.

El mayor contrario que el amor tiene es el hambre y la continua necesidad.

Pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la Fortuna anda más lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos hoy están por el suelo.

Siempre la melancolía fue de la muerte apariencia.

Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso.

*El ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha. Miguel de Cervantes.*

Una dama se vende a quien la quiera  
en almoneda está. ¿Quieren comprarla?  
Su padre es quien la vende, que, aunque calla,  
su madre la sirvió de pregonera...

Félix Lope de Vega y Carpio

## **El corral de comedias**

Corría un año cualquiera de los prolíficos Siglos de Oro de nuestra literatura en la bulliciosa corte de Madrid.

Por aquella época los corrales de comedia eran el centro neurálgico de toda la vida social de cualquier vecino que se preciase, daba igual la categoría social a la que se perteneciera, los animosos y ruidosos madrileños acudían a la fiesta más entretenida: la llamada Comedia Nueva por Lope de Vega.

Había que pagar una entrada común y luego un suplemento para ocupar las distintas localidades según la condición social.

Una joven vestida de lunares observaba el patio desde una de las galerías superiores.

La algarabía era ensordecedora, los mosqueteros situados en el patio central vociferaban, cantaban, insultaban e incluso tiraban huevos y toda clase de verduras a los actores.

Las mujeres permanecían hacinadas en la cazuela, mientras el acomodador trataba de introducir alguna más obligándolas a recoger sus ampulosos vestidos.

Días atrás, a uno de los jovenzuelos que protagonizaba un papel de malo, lo habían corrido a palos entre los mozos de la villa.

Nunca arte y espectáculo habían estado tan unidos, ni se habían confundido tanto con la realidad.

Las actrices solían bajar del escenario y mezclarse entre el público, había bailes, jácaras, máscaras...

Todo un abanico de actividades para entretener al exigente y variopinto auditorio que asistía al teatro; no solo para ver una representación, sino también para fomentar sus relaciones sociales.

Los asistentes tomaban refrescos en la alojería, los bulliciosos mosqueteros ocupaban la parte trasera del patio tras los bancos, las mujeres gritaban sin descanso en la cazuela, los nobles se escondían de la vista del gentío tras las celosías de los desvanes de los pisos superiores y los doctos discutían de lo divino y de lo humano en las tertulias.

Aquella muchedumbre era ajena a los sucesos que se iban a desarrollar en una humilde casita aladaña al corral de comedias.

Numerosas eminencias pertenecientes al Santo Oficio se habían dado cita aquella tarde en aquel teatro, iban de incógnito y su misión no era la de ver ninguna actuación,

más bien la de llevarla a cabo a manos de sus secuaces: los guardianes del orden de La Santa Inquisición.

La puerta de madera desvencijada y carcomida cedió a la patada de uno de los oficiales.

Vestían completamente de negro; botas, capa y antifaz para no ser reconocidos.

Recorrieron el pequeño recinto tirando con sus enérgicas manos todo lo que hallaban a su paso, hasta que encontraron lo que estaban buscando.

En un jergón de paja yacía una pareja de actores que descansaba para la actuación nocturna.

Una sombra negra los encontró sobresaltados, no alcanzaban a comprender a qué se debía todo aquel jaleo.

El tenebroso caballero desenvainó su espada y les propinó una estocada certera a cada uno de ellos, partiéndoles el corazón en dos.

–¡Imbécil!, ¿no te das cuenta de que el niño lo ha visto todo?

El superior levantó la mano con la intención de asestar un bofetón a su subordinado; sin embargo, detuvo el brazo en alto al ver la cara del niño, no quiso añadir más violencia a una escena de por sí cruenta.

El pequeño, de muy poca edad, se había quedado mudo, no sabía muy bien si aquello era real o era una de tantas actuaciones en las que había visto a sus padres matar y morir.

Los secuaces del Santo Oficio cogieron al niño en brazos, lo taparon con una de las negras capas y abandonaron la casa sin darse cuenta de que dejaban desamparada a una niña, rubia como el oro, de ojos aceitunados, grandes y verdes.

Ella sí sabía lo que pasaba, se habían llevado a su hermano Salvador y habían asesinado a sangre fría a sus padres, unos pobres actores de teatro que no habían hecho mal a nadie en sus tristes y miserables vidas.

Mientras tanto, en uno de los altillos del corral de comedias, habilitado para los hombres doctos de la ciudad, se desarrollaba la tertulia.

En ocasiones seguían la obra escenificada, haciendo crítica literaria; sin embargo, muchas otras veces se enfrascaban en todo tipo de conversaciones.

**CORREGIDOR:** La Inquisición medieval fue fundada en 1184 en el sur de Francia, concretamente en Languedoc, para combatir la herejía de los cátaros.

**FRAILE:** Cierto, querido amigo, y posteriormente se implantó en el Reino de Aragón.

**CORREGIDOR:** Quiero añadir que al unirse con la Corona de Castilla se fundó la Inquisición Española en el año de Nuestro Señor de 1478.

**CENSOR:** La herejía en la antigua Roma se consideraba traición al Imperio.



Justificó el encargado de velar por que la representación en escena no se saliese de los parámetros marcados en el libreto.

No sería la primera vez que en el tablado se pronunciaban frases que habían sido censuradas en el manuscrito del autor.

ALCALDE: Aunque no es conocido por muchos, San Agustín aprobó la acción contra los herejes, pero fue la Iglesia quien desaprobó los castigos físicos.

FRAILE: En el siglo XII el papa Inocencio III inició una cruzada contra los albigenses que estaban en desacuerdo con algunos de los principios del catolicismo.

CORREGIDOR: El Tribunal de la Santa Inquisición y del Santo Oficio recomendaba que cualquier obispo o arzobispo inspeccionase las parroquias una o dos veces al año e hiciese jurar a varios varones de buena fe que en el pueblo no se realizaban reuniones secretas de herejes.

CENSOR: Ante el fracaso de la Inquisición episcopal dirigida principalmente por los obispos, Gregorio IX creó mediante la bula «Excommunicamus» la Inquisición Pontificia, dirigida directamente por el papa.

FRAILE: En 1252, el papa Inocencio IV autorizó en la bula «Ad extripanda» el uso de la tortura para obtener la confesión de los reos.

FRAILE: Se recomendaba al torturador no mutilar o causar la muerte al reo, pero si este se negaba a confesar era entregado a la justicia para que lo condenase a muerte y fuese ejecutado.

CENSOR: La Inquisición española fue creada por una bula papal para combatir las prácticas de los judeoconversos, dependía de la Corona española.

Esta sería la semilla histórica y el origen de los Caballeros Negros.

Un grupo de soldados profesionales adiestrados para ejecutar las órdenes más secretas de la Santa Inquisición.

Bajo el mando del arzobispo Supini, esta facción de hombres sin escrúpulos se encargaba de mantener el orden en lo tocante a los aspectos religiosos, a la lucha contra la herejía y a la caza de brujas.

Romero ya no aparecía en escena en el tercer acto, se cambió y se acercó a la casa de sus buenos amigos Manuel y Carmen para tomar café como solía hacer de forma habitual.

Le encantaba contar historias a los hijos pequeños de sus amigos, que le llamaban tío Romero.

Casi siempre eran fragmentos de las comedias de Lope o adaptaciones de los argumentos para acomodarlos al interés de los zagales.

A Carmen le disgustaba que les contase cuentos de miedo, pero de entre el repertorio que tenía, los de terror eran los más demandados por los pequeños.

Manoteaba, susurraba, ponía caras raras y los agarraba para hacerles cosquillas ambientando así cada una de sus narraciones.

Era maravilloso ver a aquella niña rubia y a su hermano pequeño, con los ojos como platos, embelesados con la actuación de su tío Romero.

Algo lo alertó mientras se acercaba a la pequeña casita, el postigo de la puerta estaba abierto y parecía que lo habían forzado.

Aceleró el paso y entró en el pequeño salón alarmado, el corazón se le salía del pecho.

Buscó a sus amigos llamándolos a gritos, temiéndose lo peor, avisado por el desorden en el que se sumía la vivienda.

En un pequeño rincón de la habitación encontró a la niña que no podía apartar la vista de los cuerpos de sus padres.

Romero corrió a socorrerlos, quizá estuviesen con vida, pero nada más acercarse fue consciente de que sus amigos yacían exánimes, entonces se ocupó de María, la abrazó con fuerza y la sacó de aquel tenebroso lugar.

**Me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hicieron libres.**

***Don Quijote de la Mancha.***

Un 11 de noviembre veinticinco años antes del secuestro del pequeño Román, nació de humilde cuna Juan Pedro, entre pajas y cacas de cabra.

El mismo año en que España y Francia se repartían el Reino de Nápoles por el tratado de Granada.

Sus padres se dedicaban a tareas agrícolas y ganaderas a pequeña escala.

En algunas partes de la casa, la cuadra y la zona habitable se fundían en uno.

Era normal ver al pequeño Juanín jugando con los frágiles vástagos de los animales que cuidaba su padre.

Un chico excelente –solía comentar su progenitor mirándolo con orgullo mientras cuidaba a los animalillos–; le gustaba acariciarlos, limpiarlos y darles de comer y beber.

Será un gran ganadero –apuntaban sus vecinos.

Tuvo una niñez muy dura, la situación del país era pésima, la monarquía, metida en guerras externas, dilapidaba todo el dinero, dejando a la población en la más absoluta de las miserias.

Cuando apenas había cumplido diez años, unos mercenarios, que se hacían llamar «soldados del rey», entraron por la fuerza en su casa.

Su intención era requisar todos los animales y los sacos de trigo que tenían almacenados en una de las habitaciones.

Su padre, en un arrebato de valentía y orgullo, intentó interponerse entre los soldados y el ganado, pero uno de ellos le asestó tal bofetada que lo hizo caer al suelo entre las pajas.

No pudo tener peor suerte, una de las horquillas con las que solía trabajar se le clavó en el costado.

Al principio no se dieron cuenta de la gravedad de lo sucedido, sin embargo, una vez que los soldados se hubieron marchado, el pobre y honrado trabajador se desvaneció en el suelo víctima de la letal herida.

Murió desangrado varias horas después.

A su madre no le quedó más remedio que vender sus pocas posesiones y emprender el camino hacia Madrid.

Las noticias que llegaban de la corte eran más optimistas en cuanto a las oportunidades para poder trabajar, pensó que quizá su hijo disfrutaría de las bondades de una vida que a ellos se les había negado.

El viaje hacia la capital fue largo y penoso, paraban en fondas de mala muerte para descansar por las noches.

Algunas veces un alma caritativa los dejaba subir en sus carretas y así adelantaban un buen trecho, el resto del tiempo marchaban a pie sobre el polvo y el barro de los caminos.

Juanín pronto se quedó sin zapatos, su madre le envolvió los pies con pieles de cabra, pero el chaval ya los tenía llenos de heridas ensangrentadas.

La quería con todo su corazón, era un niño tan bueno y cariñoso que no se llegó a quejar ni un solo momento durante la tortuosa travesía que les conduciría a un lugar que suponían mejor.

Poco antes de llegar a la ciudad de Madrid, un grupo de rateros los asaltó y les arrebató lo poco de valor que tenían y la poca comida que les quedaba.

Suerte que ya se divisaban las primeras casas a lo lejos.

Los comienzos en la villa fueron muy duros, ella tuvo que aceptar trabajos inhumanos.

Las personas para las que trabajaba eran despiadadas y creían que si pagaban por un servicio tenían derecho a toda clase de severidades sobre el asalariado.

Una de las muchas tardes en las que la madre de Juan Pedro fregaba con esmero las losas del suelo, el chico, que se entretenía jugando con unas ramas en el jardín de la casa señorial, escuchó voces y se asomó por una de las ventanas.

Pudo observar cómo su madre estaba tirada en el suelo, el caldero de hierro rodaba derramando su contenido.

Asistió inmóvil a una espantosa escena, el señor de la casa golpeaba duramente con su bastón a Soledad en los riñones.

Cuando consiguió reaccionar, Juanín salió corriendo para defender a su madre de aquel vil hombre, pero una vez hubo llegado a su lado, recibió una tremenda bofetada que lo hizo rodar por los suelos.

La mujer se incorporó como pudo para proteger a su pequeñín, entonces el señorito de la casa los miró con desprecio, aburrido de la escena y cansado de dar palos, se marchó por donde había venido.

Aquel día Juan Pedro comprendió que los nobles eran impunes a las leyes que, sin embargo, actuaban inflexibles sobre los pobres; ellos podían hacer lo que les venía en gana; nunca pagarían por sus delitos.

Sujetó a su madre como pudo y la llevó a la posada, la tendió en la cama y con un paño mojado en agua fresca intentó calmar su dolor.

El muchacho no comprendía por qué su madre volvía a aquel lugar cada mañana para seguir fregando suelos, casi no podía levantarse de la cama a causa de los dolores provocados por el severo bastón y se pasaba la jornada frotando y frotando.

Y así sería hasta el final de sus días.

Juanín soñaba con ganar el dinero suficiente en un futuro cercano para poder sacar a su querida madre de aquella miserable vida.

Soledad no quería que el chico la viera en aquel lamentable estado durante mucho más tiempo.

Por recomendación de sus señores solicitó la admisión de Juanín en una orden militar, que se hacía llamar la Orden de los Caballeros Negros.

Le enseñaron a leer y escribir, a utilizar la espada, montar a caballo y a luchar como un hombre.

Su madre tenía derecho a visitarlo solamente un día a la semana.

El férreo entrenamiento militar unido a las desgracias que había padecido durante su niñez hicieron de aquel muchacho escuálido un jovencito fuerte y aguerrido.

Su carácter sufrió poco a poco una transformación, su bondad se fue convirtiendo en perversidad y su frágil ternura dio paso a una despiadada brutalidad.

Su propia madre ya no podía reconocer en él al niño con el que emprendió la huida de su pequeño pueblo.

Cobró fama por su destreza con la espada y sus compañeros comenzaron a temer su violento carácter.

Sin embargo, sus superiores estaban encantados con la forma de ser del que en el futuro auguraban sería uno de los principales caudillos de la Orden.

No se equivocaban, Juan Pedro se convertiría en un verdugo implacable, orgullo e insignia de los que, como él, pensaban que bajo la impunidad del servicio a la fe, se podían cometer toda clase de atropellos.

Una de aquellas apacibles tardes en las que no había mucho que hacer, la noticia de la muerte de su madre sobrecogió al esforzado joven.

Se dirigió a su capitán en tono triste y pidió permiso para asistir al funeral.

–Lo siento muchacho, el fallecimiento de tu madre tuvo lugar hace unos días, decidimos no molestarte con el asunto; nosotros nos hemos encargado de los gastos y de los honores, no tienes que preocuparte por nada, la ceremonia se celebró sin incidentes, Soledad descansa en paz.

El golpe fue tremendo, la conmoción arrebató lo poco que quedaba en el muchacho de su antiguo carácter.

El día en que conoció la desaparición de su madre en extrañas circunstancias mientras trabajaba para los señores de la corte, y no tuvieron ni el detalle de avisarlo para el funeral, la transformación del muchacho se completó.

Ya no sería nunca más Juanín, desde entonces todos lo conocerían como Juan Pedro Tormaqueda.

A la mayoría de los siervos y villanos de la ciudad la sola mención de aquel nombre les provocaba una enfermedad, palidecían y un sudor frío les corría por la frente.

La leyenda del implacable justiciero de la Inquisición fue creciendo a la par que su fama.

El arzobispo pronto lo convirtió en su mano derecha y lo nombró capitán y jefe de aquel escuadrón de la muerte.

Tenían libertad para actuar en nombre del Santo Oficio siempre y cuando existiese denuncia; muy pocas veces se llegaba a juicio o se intentaba dilucidar si las acusaciones eran falsas, eso quedaba para la consideración de otros tribunales, los Caballeros Negros cuando actuaban no dejaban al acusado con vida.

Ahorrabán tiempo y dineros, su misión no era la de dar de comer a un encarcelado en espera de que confesase, ni la de gastar monedas en jueces que luego los dejaran en libertad. A los herejes, brujas y malhechores había que arrancarles la vida igual que se hace con las malas hierbas de los trigales.

¿Alguna vez sentían remordimientos estos hombres?

Eran adiestrados desde muy pequeños y aleccionados en su deber.

Sentían una profunda religiosidad, y los que no eran tan devotos, suponían que la verdad y la fe estaban de su lado.

Sus maestros y antecesores así se lo habían inculcado, pobre del que osase discutir las órdenes, tener un pensamiento o comentario fuera del tono de acatamiento o no cumpliera los preceptos al pie de la letra.

Se arriesgaría a ser juzgado en un consejo de guerra del que saldría muy mal parado.

**Salió tu hija tan hermosa, que salieron a verla cuantos había en el pueblo y todos decían que era la más bella criatura del mundo.**

Tras el siniestro acontecimiento, la niña pasó varios años sin pronunciar una palabra. La compañía se hizo cargo de ella, los actores y actrices trataron de arroparla con cariño con el fin de que su amor y afecto llenasen el hueco dejado por la tragedia.

Todos la conocían por el sobrenombre artístico de Dulcinea, su verdadero nombre, María, solamente lo utilizaban las personas cercanas a ella.

La muchacha se convirtió en una jovencita antes de que su nueva familia fuese consciente del paso del tiempo.

Cuando recuperó la voz comenzó a trabajar como actriz, su presencia en las tablas convirtió a la compañía en una de las más aplaudidas y valoradas de Castilla.

A su buen hacer se unía una belleza inigualable y un carácter tan dulce en apariencia como frío en el interior.

A pesar de ser una chica que se comportaba con total normalidad, a nadie se le escapaba que en su corazón existía un profundo agujero negro que nada ni nadie podía iluminar.

El resto de actrices solía usar unos pegotes o parches pegajosos que, untados a la cara, las hacía quedar más lisas que el fondo de un mortero de piedra.

Pero nuestra Dulcinea no necesitaba del uso de ningún mejunje para realzar el atractivo natural con el que los dioses habían dotado a su rostro.

Aquellos eran tiempos difíciles, era raro el mes que no aparecía una chica asesinada. Los cadáveres se encontraban al amanecer, los asesinatos se producían con toda seguridad durante la madrugada.

Casi todas ellas eran prostitutas, señoritas de compañía y mujeres que frecuentaban la noche o que terminaban tarde de trabajar y tenían que volver a casa solas y con la luna en el firmamento.

En la compañía de teatro les tenían terminantemente prohibido a las damas deambular por las calles una vez que se había puesto el sol.

Con María habían tenido problemas en más de una ocasión, ella era un espíritu libre y se negaba a dejar de salir si le apetecía.

Cuando les resultaba imposible retenerla, encargaban a algún muchacho que la acompañase.

Casi siempre era Pedro, al que conoceremos un poco más adelante, el que acompañaba gustoso a la joven rebelde.

Un siniestro carruaje negro recorría las calles de la villa, las mujeres subían al interior unas veces de forma voluntaria invitadas por el enigmático ocupante que las llamaba desde las sombras que lo ocultaban de la vista en el interior, otras veces el cochero se bajaba del pescante y agarraba a las jóvenes introduciéndolas en la carroza por la fuerza.

El oscuro individuo rara vez bajaba o se dejaba ver fuera del vehículo.

Poco antes del alba, el coche tirado por dos bellos corceles del color del azabache volvía a dar su vuelta rutinaria, cuando encontraba un lugar adecuado y desierto, detenía el paso, se abría la puerta y el cuerpo sin vida de la joven a la que habían recogido la noche anterior era arrojado con violencia fuera de la calesa.

Este modo de proceder se repetía desde hacía unos años, pero lo cierto es que no dejaba de ser una leyenda alentada por la superstición y los temores de los indefensos ciudadanos y de las atemorizadas muchachas.

Nadie había visto nunca recoger y arrojar a ninguna chica, sí que se veía una extraña carroza deambular sin rumbo cierto las noches en que se cometían los asesinatos, pero no era la única, ni su apariencia era muy distinta de otros muchos carruajes que llevaban y traían a personas de alto copete que al amparo de la noche realizaban toda clase de oscuros asuntos.

Se escuchaba, por ejemplo, que había un obispo aficionado a los juegos de cartas y a las apuestas, que solía frecuentar disfrazado toda clase de ilegales timbas y casas de juego. Por supuesto, viajaba en un oscuro carruaje.

También había un miembro de la realeza que se encontraba con sus amantes en sus propios domicilios, hasta aquellos se acercaba oculto en un vehículo semejante a los anteriormente descritos.

Religiosos, nobles, reyes y burgueses, amparados por la noche y camuflados en siniestros coches de caballos recorrían las calles de Madrid para realizar sus secretas andanzas.

Si nos remontamos a los orígenes de la Inquisición, cuyo brazo se alargó en el tiempo para caer sobre los personajes de nuestra historia, tendremos que recordar al Inquisidor General de la Suprema, el órgano de gobierno de tan insigne institución.

Este no es otro que un antepasado de Juan Tormaqueda, el temido Tomás de Torquemada.

La familia de Juan consiguió, gracias a la intercesión de un amigo párroco, cambiar de lugar las sílabas del conocido apellido.

Para ellos no era sencilla la vida con aquel lastre, aquel nombre provocó grandes odios, incluso sobre aquellos que nada tenían ya que ver con la Inquisición.

El destino, sin embargo, es caprichoso, y quiso que esta rama familiar perdida, volviese a entroncar con el gran árbol.



Juan Tormaqueda, se convirtió en digno sucesor del cruel y fanático Tomás de Torquemada.

Una de sus pretensiones fue la de unificar la Corona de Castilla y la de Aragón bajo la misma jurisdicción.

Desde el comienzo, los aragoneses fueron reacios a la implantación en su territorio del Santo Tribunal, pero un hecho aislado sirvió de detonante para la consecución de su propósito de unificación.

El inquisidor Pedro Arbués fue apuñalado por unos conversos mientras rezaba.

El pueblo reaccionó, y mientras la muchedumbre proclamaba la santidad de la víctima, los criminales eran torturados y decapitados por la multitud exaltada.

Se exterminaron familias enteras, y conocidos conversos fueron asesinados o llegaron a suicidarse.

Se aniquiló así cualquier oposición a la Inquisición.

## **La buena y verdadera amistad no puede ni debe ser sospechosa de nada.**

En los períodos de descanso, en los que no se realizaban representaciones, Romero y Carmelo descansaban en su pequeña casita situada en una céntrica calle de la villa de Madrid.

Descansaba más Romero que Carmelo, ya que este último era el criado del primero.

Un hombre achaparrado, bajito, cabezón, de rojos e hinchados mofletes e incomprensiblemente rechoncho para la poca comida que de habitual se trajinaba en la casa, vamos, que las alacenas tenían más telarañas que panes.

Era el gracioso de las comedias en la compañía durante la época de representación y servía a su amo en el tiempo de descanso que tomaban los actores.

Romero era el empresario, actor viejo y sabio, a veces comediógrafo y padre espiritual de la compañía.

Con el clérigo cerbatana o el escudero del Lazarillo era identificado en muchas ocasiones, pero su sobrenombre desde que unió su vida a Carmelo era el de Don Quijote.

Era enjuto, de pelo escaso, largo donde lo conservaba y tan blanco que parecía que le había caído la helada de mayo encima.

Le gustaba dejarse una barba afilada quizá porque en el fondo le agradaba parecerse al Ingenioso.

Carmelo y Romero, Romero y Carmelo eran la viva encarnación de Don Quijote y de Sancho, no solo en apariencia, también en forma de ser y carácter.

Una noche sobre las tablas, a Romero le tocó representar el papel de viejo loco, era uno de sus personajes favoritos.

Apareció en escena vestido con el mismo atuendo que el ingenioso Alonso Quijano durante la penitencia en Sierra Morena.

En ese momento se acordó de la escena y para emular su locura, soltó la vela que llevaba en la mano y comenzó a dar piruetas y a hacer el pino sin acordarse de que bajo el blanco camisón agujereado no llevaba más prenda que sus propias partes íntimas.

Podéis imaginar el alborozo y regocijo que se levantó en el patio y sobre todo en el gallinero.

Se podría decir que la historia de estos dos personajes era tan digna de ser dramatizada como aquellas a las que daban vida en escena.

Eran felices, se conformaban con disfrutar de las pequeñas cosas que en definitiva son las que hacen grandes a las personas.

Gustaban de la lectura y de contar historias al calor de la hoguera en las frías veladas de invierno.

Una de esas noches, un carruaje negro tirado de un oscuro corcel se detuvo en una estrecha y céntrica calle.

Una voz desde la profunda oscuridad llamó la atención a una chica bastante ligerita de ropa para la época del año, la temperatura había caído desde que se puso el sol y una densa neblina se estaba comenzando a apoderar del ambiente.

Ella tenía los labios pintados de rojo, la falda y los tacones eran del mismo color, las medias de redecilla contorneaban unas bonitas y largas piernas.

Al hombre que se ocultaba tras las sombras del interior le gustó mucho más aquella joven cuando tuvo la oportunidad de verla de cerca, una vez que ella hubo accedido al interior de la carreta.

El ruido de las grandes ruedas de madera al saltar entre las piedras de las calles fue cediendo al mudo silencio al tiempo que se alejaba de la escena.

Nadie había sido testigo de la marcha de aquella pobre e inocente joven y nadie volvería a verla con vida tras aquella noche.

Por aquellos tiempos, el insigne Don Miguel de Cervantes Saavedra ya había dado vida a dos personajes que trascenderían los límites de lo literario.

Carmelo estaba interesado en la genial obra y quiso saber más sobre su autor, para ello le preguntó a Romero, que era una enciclopedia andante en lo tocante a los saberes concernientes a los libros.

Romero aclaró la voz, como siempre hacía cuando se disponía a relatar algo, y contestó:

–Podríamos decir que la azarosa vida del escritor supera en aventuras, o al menos iguala, a las desventuras de sus personajes.

Fue bautizado en Alcalá de Henares, pero el lugar exacto de su nacimiento no se conoce con certeza.

Tras vivir en Valladolid y posteriormente en Madrid, se marchó a Italia.

Es muy posible que se viese obligado a dejar nuestro país debido a que hirió en un duelo a un tal Antonio Sigura.

Allí entró al servicio del cardenal Giulio Acquaviva.

–Parece que en su nuevo destino le comenzaban a marchar bien las cosas –intervino Carmelo.

–Tiempo al tiempo, mi querido amigo.

Por aquel entonces participó en la batalla de Lepanto, «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros», según palabras del propio Cervantes.

–Debió de ser un hombre muy valiente.

–De valientes están las sepulturas llenas, es mejor ser temeroso de Dios y sobre todo de los hombres, que con su infinita maldad, nunca traman nada bueno.

Aquello de que el Señor nos hizo a su imagen y semejanza se debió quedar en el aspecto externo, no creo que el corazón del Ser Supremo albergue los sentimientos tan impuros que tenemos la capacidad de acoger en nuestro interior.

–Admiro su sabiduría, maestro.

–No nos separemos un punto del hilo de nuestra historia, no se nos alargue más allá de la hora de comer, que entiendo que es sagrada.

–Las tripas me indican que no debe de faltar mucho para la señalada hora.

–Bien, prosigo.

En aquella batalla recibió dos disparos de arcabuz, uno en el pecho y otro en la mano. De aquella alta ocasión le viene el sobrenombre de «El manco de Lepanto».

En el viaje de regreso desde Nápoles a España, fue apresado por los turcos y sufrió cautiverio en Argel durante cinco años.

Una vez liberado, se trasladó a Portugal, donde se hallaba asentada la corte de Felipe II.

–Y de amores, ¿qué me cuenta?

–Muy al caso, pues por esta época mantiene relaciones con Ana Villafranca de Rojas, mujer casada con la que tiene una hija, Isabel de Saavedra.

Posteriormente se casó en Toledo con Catalina de Salazar, pero este matrimonio fue un fracaso.

–Con las relaciones no hay mucha suerte, será ley de vida.

–Viajó mucho por Andalucía como comisario de provisiones de la Armada Invencible, luego se asentó en Sevilla como proveedor de las galeras reales y posteriormente como recaudador de impuestos.

Parece ser que se estaba quedando con el dinero y fue encarcelado por fraude.

Es muy posible que comenzase a gestar el Quijote durante su presidio.

Romero concluyó aquí su relato, mientras llenaba unos vasos de vino, Carmelo puso la mesa y se dispusieron a pasar una entretenida merienda trufada de historias y risas.

Romero no era de mucho comer, pero disfrutaba observando al glotón de su compañero, sin duda aquella era la mejor hora del día para él, según traslucía el placer que rezumaba de su bonachona sonrisa.

## **Váyase el muerto a la sepultura y el vivo a la hogaza.**

Si un acusado de herejía o de cualquier otro delito no confesaba su falta era encerrado en soledad y a oscuras durante días, semanas, meses e incluso años.

Su única salvación era confesar, debían estar presentes el inquisidor y el obispo.

Al reo se le mostraban los instrumentos de tortura y era invitado a declararse culpable, si así lo hacía se le prometía misericordia.

Desnudo ante los miembros de la Santa Madre Iglesia, veía como se calentaban los hierros, se engrasaban las máquinas y se afilaban las cuchillas.

A Román desde bien pequeño nadie lo llamaba por su nombre, sus hermanos de sangre, los caballeros negros, lo llamaban «el pequeño búho».

Tenía los ojos siempre muy abiertos y miraba con altivez y desafío.

Es posible que se le quedase esa expresión cuando asesinaron a sus padres.

Este suceso por un extraño mecanismo de la mente se había borrado completamente de sus recuerdos.

Sus maestros lo adiestraron para que en el futuro fuese un digno miembro de la sagrada orden de los Caballeros Negros.

Aquellos que lo secuestraron y masacraron a sus padres se convirtieron en su nueva familia.

Le inculcaron los sentimientos religiosos, trataron de hacerle ver que su misión estaba por encima de las leyes de los hombres, debía hacer un acto de fe y creer que su destino estaba al servicio de un fin superior, de un mandato divino por el que estaban encargados de velar por el bien en la tierra y por la eliminación de todos aquellos que no lo practicaban.

La negra comitiva dejó Madrid muy temprano, cabalgaron al alba y bien entrada la mañana llegaron a su destino.

Recorrieron el camino empedrado que conducía al ayuntamiento de la localidad, preguntaron por Alfonso Pérez y el alguacil les indicó la dirección.

Vivía en una casita a las afueras del pueblo. Los caballeros negros aporrearón la puerta e invadieron la pequeña estancia sin dar tiempo a ser invitados a pasar.

El fuego del hogar mantenía cálida la sala, que era pobre en muebles, contaba con una mesa de madera desvencijada y dos sillas cobijadas bajo ella.

El lugar estaba limpio, olía a campo y verdura.

Las paredes desnudas de ornamento proporcionaban un aspecto frío en contraste con el carácter de su dueño, una persona cálida en el trato y honrado trabajador.

Alfonso entró por la puerta trasera, venía del corral donde estaba echando de comer a las gallinas.

–¿Qué se les ofrece, gentiles caballeros? –preguntó el dueño de la casa.

–¡Ponte de rodillas, villano! –ordenó Tormaqueda.

–Yo no he hecho nada, ¿de qué me acusan vuestras mercedes?

–Ha sido denunciado a la Santa Inquisición por un vecino de su aldea –acusó el jefe de los oscuros caballeros.

Sacó su espada y acarició el cuello del pobre hombrecillo, que pareció menguar ante el gigantesco brazo que lo amenazaba.

–Acércate muchacho –llamó a Román–, hoy vas a convertirte en un hombre.

Los demás caballeros miraron al joven intuyendo que no estaba preparado para ejecutar la sentencia, pero sabían que estaba obligado a ello si no quería sufrir la ira de su superior, sería mejor ir al infierno arrodillado que tratar de amainar la tormenta que se le vendría encima si no mataba a aquel hombre.

Román sacó su espada sin ser capaz de disimular sus temblores, miró al pobre campesino, al que probablemente habrían acusado injustamente, sintió una profunda pena y un repugnante asco hacia su propia persona y hacia Tormaqueda.

Cerró los ojos y sin vacilar cercenó la cabeza del villano.

Gotas de sangre le salpicaron la cara y mancharon las tinajas de vino que descansaban en un rincón.

Salió corriendo hacia la puerta y expulsó de su cuerpo todo lo que había desayunado aquella mañana.

Los demás hombres no pararon de reír, Tormaqueda propinó una patada a la cabeza y posteriormente lanzó un escupitajo al cuerpo mutilado.

Aquellos desalmados actuaban con impunidad en nombre de la ley divina que proclamaba la Santa Inquisición.

Tormaqueda había aprendido desde bien joven que en aquel país con poder y dinero se podía delinquir sin ser juzgado, pero que si eras pobre, no se te ocurriese coger una manzana del huerto de tu vecino, aunque te estuvieses muriendo de hambre; la justicia caería con todo su peso sobre tus débiles hombros.

El joven Román no pudo volver a dormir con la conciencia tranquila nunca más, sentía que estaba hecho de otra pasta que sus compañeros.

Había recibido el mismo adiestramiento, pero él era incapaz de sentir que estaban haciendo justicia o que las misiones que llevaban a cabo estaban al servicio de Dios o que fuese un comportamiento propio de buenos cristianos.

Cuando era pequeño sí que sentía en su pecho la fe, creía que de verdad estaba destinado a hacer algo grande por la defensa del catolicismo y la erradicación de la herejía.

Deseaba hacerse mayor para participar en las secretas misiones y convertirse en un caballero negro.

Cuando llegó la hora de ver su sueño cumplido, no tardó en desengañarse, no creía que estuviesen desempeñando ninguna sagrada labor, más bien sospechaba que todos terminarían con sus huesos en el infierno.

De todas formas, nunca se atrevería a comentar sus pensamientos ni a desobedecer las órdenes de sus superiores.

## **Haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él a la mesa.**

Sancho tenía un trabajo secreto, nuestro amigo temía que si su señor se enteraba le quitase hasta el último céntimo y le diese un par de latigazos en el trasero con su cinturón. Romero no lo maltrataba, pero alguna vez le había llovido algún palo, un coscorrón o una caricia con el cuero que cinchaba sus pantalones.

Estos castigos habían ido disminuyendo al tiempo que su relación se transformaba en amistad, por aquella época quizá lo hubiese torturado haciendo que se saltase alguna comida.

–¡Carmelo!, esta noche te quedas sin cenar –habría dicho el sentencioso Romero, con una sonrisa socarrona.

Te vendrá bien para que vuelva a ajustarse tu trasero a tus viejos pantalones de pana.

Conocía a todas las personas ancianas de la villa, y cuando tenía tiempo le gustaba visitarlas.

Era un magnífico actor cómico y representaba para ellos, contaba chistes y cotilleos, enredos y sentencias, con las que hacía reír a aquellos viejecitos sacándolos de su soledad y tristeza cotidiana por unos inolvidables instantes.

Los abuelos le pagaban con lo que podían, y aunque él lo hacía sin pretender pago alguno, se veía obligado a aceptar lo poco que le podían ofrecer.

La mayoría de las veces eran frutas, verduras, huevos y otros productos del campo que los ancianos obtenían de sus propias haciendas.

Si esto era así, compartía los beneficios con Romero, pero cuando tenía la suerte de obtener una moneda en pago de su desinteresado trabajo, la guardaba para sí, a la espera de tiempos peores en los que tuviese necesidad de sus ahorros.

La compañía de Romero seguía a Lope de Vega a cualquier lugar en el que estrenase comedia.

Sabían que donde él estuviese hallarían trabajo.

Aquella mañana, mientras se dirigía a la casa de uno de sus ancianos, Carmelo se encontró con un grupo de personas que miraba algo con suma atención formando un corro alrededor.

La curiosidad de nuestro hombrecillo le pudo, se puso de puntillas, pero siguió sin ver nada, poco a poco se abrió paso entre todas aquellas personas hasta que se colocó en primera fila.



Observó aterrorizado cómo un grupo de alguaciles y un forense analizaban la escena de un crimen.

Una chica con falda roja y tacones del mismo color permanecía tendida en el suelo, sin vida.

Su joven rostro parecía dormido, había paz en él, pero su palidez delataba la tragedia.

Carmelo volvió a su hogar con mal cuerpo para contarle a su señor Romero que habían asesinado a otra chica aquella misma madrugada y a unas cuantas calles de su propia casa.

Durante muchas noches antes de conciliar el sueño se le aparecería la imagen de aquella bella joven sin vida, y en muchas ocasiones despertaría envuelto en frío sudor tras soñar con ella.

**Esta que llaman fortuna es una mujer borracha y antojadiza y, sobre todo, ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba ni a quién ensalza.**

Como cada noche, Romero y Carmelo se sentaban al fuego tras una efímera cena.

La suya era una relación extraña.

A ojos del público se mostraban como amo y criado, es más, se esforzaban ambos en que quedase claro a todos el rango de cada cual.

Pero en privado eran grandes y viejos amigos.

La única pega era el dinero, el director de la compañía lo amasaba cual coleccionista de monedas.

Los miembros de la compañía sabían que tenía los dineros escondidos en algún lugar desconocido para ellos, y a sus espaldas criticaban su modo austero de vida, que rayaba en la pobreza, mientras el polvo se adueñaba del que suponían un gran capital.

A Carmelo no le importaba la economía, tenía recursos y era feliz si comía tres veces al día y sobre todo cuando disfrutaba de la compañía de sus amistades, que por aquella época eran muchas.

–Cuénteme algo sobre el gran emperador –dijo la viva imagen de Sancho Panza limpiándose los restos de pan enredados en las barbas con las mangas de su camisa.

–El gran Felipe II, nuestro rey, nació en Valladolid, se crio en Toledo, pero fijó su corte en Madrid –comenzó su discurso Romero.

–Gracias a ello vivimos en esta ilustre villa –repuso Carmelo.

–Gracias a ello y a que multitud de familias emigraron a la ciudad; entre ellas, los padres de nuestro ilustre Fénix de los Ingenios.

–Cierto, cierto.

–Su reinado ha estado caracterizado por el poderío político y militar, pero en cambio ha sufrido varias bancarrotas y penurias económicas.

Ya ves nuestra situación. Nos vemos sumidos en la pobreza, para que la plata y el oro de la hacienda española se dilapide en batallas de las que no sacaremos nada en claro, me temo –prosiguió Romero con un gesto entristecido colgando de la mirada.

–Cierto, cierto, ¿dónde estará el dinero? –contestó el picarón de Carmelo.

La mirada de su amo lo atravesó como si de un rayo se tratase, pero disimuló su enfado y continuó con la historia.

–Como principales victorias cuenta con la Batalla de San Quintín, la de Lepanto y la anexión de Portugal, en cuyas campañas militares se muestra Lope orgulloso de haber participado en su juventud.

–Bien es cierto –añadió Carmelo– que cuenta con el problema de Flandes y sobre todo con la derrota de la Armada Invencible.

Romero decidió que ya habían hablado suficiente por aquella noche. Deberían dormir y descansar, ya que les esperaba una dura jornada al día siguiente.

En un lugar no muy alejado de allí, los cascos de un par de bellos corceles detuvieron su paso, unas bonitas piernas de mujer bajaron del coche seguidas de unas botas negras y una capa del mismo color.

El hombre se adelantó para apartar los pequeños arbustos y acompañó a la dama hasta una entrada secreta oculta por la vegetación.

La cerradura chirrió y la puerta crujió al empuje de la mano enguantada. El oscuro personaje encendió la mecha de un candil de aceite y condujo a la chica por un estrecho y lóbrego pasadizo.

Ella sujetó el brazo de su acompañante con fuerza, sintió miedo, pero no quiso quejarse.

La humedad y el frío iban en aumento cuanto más se internaban por aquella gruta.

Él se dio cuenta y le puso su capa por los hombros para que la chica entrase en calor, ella se lo agradeció con una sonrisa que se perdió en las tinieblas.

**Amor y deseo son dos cosas diferentes; no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama.**

Para Dulcinea la vida fue muy dura.

Ver morir a sus padres de aquella forma tan dramática le había dejado una sensación de vacío en el alma.

Ansiaba con todas sus fuerzas averiguar quiénes eran aquellos hombres y vengarse cruentamente de ellos.

Pero ella era una simple mujer, ¿qué podría hacer?

Sus deseos no se verían nunca cumplidos y el rencor se haría cada vez más grande en su pecho.

La frustración crecía en su interior al ser consciente de que se podía secuestrar y asesinar con total impunidad.

¿En qué justicia podría ella confiar?

¿Qué sentimientos religiosos podría tener?

¿Cómo iba a tener fe en un Dios que la había castigado con aquella terrible tragedia cuando su inocencia no había tenido tiempo ni de merecerlo?

No podía creer ni en la justicia humana, ni en la divina.

No malgastaría sus energías rezando, no entregaría su alma a un Ser que cuando tuvo oportunidad no hizo nada por salvar a su familia.

Renegaba de los gobernantes y de los reyes que malgastaban las arcas del reino en fastuosas fiestas y en caprichos innecesarios mientras la población sufría toda clase de penurias y miserias.

Entre tanto, el pueblo llano pasaba hambre, la hacienda pública se invertía en guerras absurdas sin sentido.

Para María la sociedad en la que vivía era una selva en la que el más poderoso conseguía todo lo que quería sometiendo al más débil.

La religión se aprovechaba de la ignorancia y del miedo para controlar a las masas.

La corrupción de la Iglesia era por todos conocida, pero nadie se atrevía a hacer nada para terminar con aquella milenaria institución.

De todas formas, trataba de disimular sus sentimientos en la manera de lo posible.

La compañía se hizo cargo de ella, la cuidó y la alimentó.

Romero siempre estuvo pendiente de que no le faltase nada, pero, sobre todo, una familia que tenía un niño de su misma edad se encariñó tanto con ella que prácticamente la adoptó como una hija más.

Ni que decir tiene que Pedro, el hijo natural de aquellos padres tan bondadosos, y ella crecieron como hermanos, se profesaban un amor sincero y su amistad era tan férrea que el chico hubiese hecho cualquier cosa por su querida Dulcinea.

Muy pronto se subieron a las tablas, actuaban cuando necesitaban niños en escena, y poco a poco se fueron convirtiendo en unos jovencitos que dejaron de tomarse el teatro como un juego para convertirse en verdaderos actores profesionales.

María se había desarrollado de forma muy temprana, las curvas comenzaron a aparecer en su cuerpo, hecho que, unido a su enérgica personalidad, la hacían parecer algo mayor que el chico.

A Pedro no se le escaparon los cambios que sufrió la chica y aunque al principio no se daba cuenta, poco a poco comenzó a mirarla con otros ojos.

No se podría culpar de nada al joven, ya que la chica era la delicia de todo aquel que la miraba.

Tenía una belleza tan serena, desprendía una sencillez tan carente de soberbia o vanidad en sus formas, que era muy difícil, para cualquiera que la tratase, no enamorarse de ella.

Pedro era un chico amable, educado, trabajador.

Quería a sus padres y a su amiga por encima de todo.

Desde muy pronto pactaron no tratarse como hermanos, serían los mejores amigos, ella ya tenía a un hermano al que, en cuanto tuviese oportunidad, se dispondría a buscar.

–Cuando tengamos dinero saldremos juntos para tratar de encontrar a tu hermano, le solía susurrar Pedro mientras le apretaba las manos con fuerza y cariño.

–Eres un verdadero encanto –contestaba ella con una bonita sonrisa.

El joven y cariñoso muchacho era el único capaz de hacerla reír, pero ella solamente bajaba la guardia de su tristeza cuando se encontraban a solas.

Tenían un escondite secreto donde solían conversar.

Pedro había descubierto el modo de acceder al tejado del corral de comedias sin correr peligro, desde aquel elevado lugar podían contemplar casi toda la ciudad.

Algunas mañanas se levantaban muy temprano y desde su atalaya disfrutaban de la salida del sol.

Pero la mayoría de las veces accedían a su lugar favorito para ver la puesta del astro rey o para contemplar la luna y las estrellas en las noches claras.

Él solía llevar una manta para que su querida María no pasase frío.

Aquella noche disfrutaban de una cálida temperatura y la luna llena iluminaba sus bellos rostros.

Sentados sobre las tejas miraban las ventanas iluminadas de los lejanos edificios e imaginaban las vidas que se desarrollarían tras aquellos cristales.

–Desde aquí arriba parece que no haya problemas en el mundo –comentó María acercándose más a su amigo mientras él le pasaba el brazo por los hombros para protegerla y acunarla.

–Es increíble la paz que se respira; todo está tan tranquilo a estas horas... –repuso Pedro.

Un coche de caballos rompió el silencio de la noche, los animales trotaban a gran velocidad y las ruedas de madera chirriaban cuando el carruaje torcía las esquinas arrastrándose y derrapando sobre las piedras de la calle.

–¿Crees que esa carroza la ocupa el secuestrador de mujeres? –preguntó el chico.

–Yo no creo que exista ningún carruaje homicida, ni ningún enigmático secuestrador. Más bien me atrevería a asegurar que todo es producto de la imaginación de los asustados ciudadanos.

–¿Pero y las chicas asesinadas?

–Es evidente que han asesinado a muchas chicas, pero esto ha ocurrido en las grandes ciudades desde tiempos inmemoriales.

Los nobles, los reyes y los sacerdotes han abusado siempre de mujeres de vida alegre y quizá en ciertas ocasiones se les vaya la mano con las prostitutas y alguna termine muerta.

–Por si acaso, deberías tener mucho cuidado, te lo pido como algo personal.

–Tontorrón –le dijo ella mientras le revolvía el cabello–, no tienes por qué preocuparte, no iré a ningún sitio durante las noches si no es en tu compañía.

–Me vale con eso; pero no estoy de acuerdo con tu teoría, yo creo firmemente que sí existe tal secuestrador.

He escuchado conversaciones entre los hombres de la compañía que suelen frecuentar los lupanares.

La misteriosa carreta que engulle a las chicas y escupe sus cadáveres horas después es algo más real que una simple superstición provocada por el miedo a lo que no se puede controlar.

–Como tú quieras, corazón –repuso ella recostando su cabeza en el mullido hombro de Pedro, al fin y al cabo el resultado es el mismo, esas pobres chicas terminan muriendo. Apostaría que detrás de las muertes está alguna conocida personalidad.

Si retrocedemos unas horas en el tiempo, y nos desplazamos algunas leguas a las afueras de Madrid en dirección sur, podremos asistir a unas escenas de una bonita historia de amor.

En pleno campo se levantaba una pequeña pero acogedora casita rodeada de un aromático y colorido jardín.

El camino de acceso estaba flanqueado por hermosas y cuidadas flores, la dueña se entretenía en regarlas cada atardecer.

Ella era tan hermosa como sus rosas, morena de piel curtida por el trabajo en la granja, de pelo largo en cascada sobre la espalda y de ojos verde aceituna que enamoraban al primer vistazo.

La chica cantaba mientras recogía las herramientas, era tarde, no debía trabajar más si quería cenar antes de que anocheciera, le gustaba hacerlo a la entrada de la casa y prefería la luz de la puesta de sol.

El relinchar de caballos la hicieron mirar hacia los árboles del bosque, de entre ellos, cual presa liberada por las ramas, emergió una bonita carroza tirada de dos bellos corceles.

La sorpresa le iluminó el rostro, su querido Juan venía por fin a visitarla de nuevo.

El vehículo se detuvo frente a la verja de la entrada, el ocupante se bajó y salió corriendo al encuentro de su dama, que lo esperaba con los brazos abiertos.

–¡Qué sorpresa y qué alegría! No te esperaba –dijo la muchacha.

–Te echaba mucho de menos, he estado muy ocupado y me ha sido imposible venir antes.

–Pasemos a la casa, te haré algo para cenar y comeremos juntos en la entrada.

–Como tú quieras, princesa –dijo el adulator de Juan.

Estaba profundamente enamorado de ella, no podía dejar de pensar en aquella dulce mirada, recordaba cada instante sus gestos y su manera de moverse, llevaba junto a su pecho un pañuelo impregnado en las esencias que ella solía ponerse en el cuello y de cuando en cuando lo sacaba y aspiraba con fuerza tratando de evocar su presencia a través de su aroma.

En pocos años lo dejaría todo, su trabajo en la corte y sus obligaciones, y se casaría con el amor de su vida.

La luz del sol cedió a un opaco anochecer, la luna comenzó a brillar en el oscuro firmamento, se escuchaba el ruido de los grillos y el canto de los pajarillos que buscaban su descanso en las ramas de los árboles.

El mundo se detenía para ellos en aquellos instantes, cogidos de la mano se balanceaban en los asientos de la entrada, sin decir nada, disfrutando de la felicidad.

**Venía a buscar a su amo, cuya compañía le agradaba más que ser gobernador de todas las ínsulas del mundo.**

Un cálido y acogedor sol anaranjado se abría con fuerte paso entre las esponjosas y algodoadas nubes.

Las gentes habían tomado las calles, los mercados rebosaban de personas que se acercaban a los puestos de frutas y verduras.

La algarabía era tremenda, a los gritos de los tenderos, se unían las voces y risas de las mujeres que aprovechaban un momento de la mañana para salir de sus casas a hacer las compras.

Carmelo bajaba feliz y contento por una de las estrechas callejuelas aledañas a la plaza.

Uno de los viejecitos a los que visitaba, le había regalado algo de comida que había adquirido aquella mañana en el mercadillo y quería compartirla con Romero.

En la plaza se escucharon unas voces más alteradas de lo normal:

–¡Al ladrón, al ladrón! –gritó un pequeño agricultor que vendía su mercancía en uno de los puestos.

Los alguaciles que velaban por la seguridad aquella mañana comenzaron a correr calle abajo con las espadas desenfundadas y profiriendo toda clase de improperios.

La mala suerte quiso que se encontraran con Carmelo, que venía cargado de frutas y verduras.

Sin mediar palabra lo golpearon, lo tiraron al suelo y lo arrastraron hasta las dependencias del ayuntamiento.

Romero estaba sentado leyendo una de las últimas comedias de Lope y se le escapaba alguna carcajada imaginándose los lances del gracioso.

En cuanto llegase su querido amigo le leería algunos fragmentos para que pudieran reír juntos.

Sus pensamientos lo apartaron del devenir de los personajes, soñaba con haber nacido noble y gozar de sus privilegios.

O al menos hidalgo, estaba prohibido expresamente que realizasen trabajos mecánicos, si no disponían de rentas se veían obligados a servir a un gran señor, a entrar en el ejército o en la administración del estado, o a emigrar a América, pero sin duda, era una vida mejor que la arrastrada que llevaban como comediantes.

También podía haber sido caballero –hidalgos de más prestigio y mejor situados económicamente–.



Obtenían rentas de sus propiedades agrícolas o urbanas.

Además gozaban de un tipo de inversión de renta fija: los juros.

Sí, sí, un caballero que con su gran espada conquistaría territorios, de los que obtendría grandes ganancias que regalaría a bellas damas que se enamorarían de él.

Un niño entró en el salón dando grandes voces que lo despertaron de su ensoñación, propinándole un gran susto que a punto estuvo de tirarlo de la silla.

–¡Señor!, ¡Carmelo ha sido detenido por los alguaciles!, ¡lo acusan de robo!

Cuando Romero llegó a los calabozos, ya habían castigado a Carmelo con varios azotes, mientras juraba su inocencia y pedía a gritos que llamasen a su señor.

–¡Por Dios, deténganse! –suplicó Romero con su aire quijotil, haciendo grandes aspavientos con los brazos.

Los hombres que maltrataban a Carmelo en nombre de la autoridad se mostraron implacables, habían cogido al ladrón con las manos en la masa, y si no quería que sus huesos fuesen a parar a una de las húmedas celdas del palacio de justicia, tendrían que depositar una elevada suma de dinero.

Romero pidió algo de tiempo y rogó que no maltratasen a su amigo en su ausencia. Pasadas unas horas, regresó con el dinero y liberó a su querido Sancho. Amo y criado se fundieron en un sincero y agradecido abrazo.

Romero protegió a Carmelo pasándole su brazo por encima de los hombros, caminaron despacio calle abajo hasta que encontraron su destino.

Taberna Caballo Veloz rezaba un cartel de madera carcomida apuntalado encima de la entrada.

El posadero era un hombre rollizo, de buen carácter, sanote y risueño como nadie en la ciudad.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó al ver la palidez del rostro de Carmelo.

–Mejor no preguntes, y saca dos pintas de cerveza; ponte tú también una –le indicó Romero.

–He escuchado que han robado en el mercado esta mañana –comentó el tabernero.

–Robar, creo que han robado, pero al ratero estoy seguro de que no lo han encontrado –respondió Carmelo con su habitual sorna, que no perdía ni en los peores momentos.

–Dos paisanos que vinieron antes que vosotros me han comentado que han detenido a un individuo con las manos en la masa, o en la fruta en este caso –dijo el camarero hasta ponerse rojo como un pimiento a causa de las grandes carcajadas.

–No está el horno para bollos, Tomasín –repuso con seriedad Romero–, y haz el favor de no revolver más el asunto, que ya comienza a oler.

Al pobre Tomasete se le cortó la risa de raíz al escuchar las serias palabras de su cliente y amigo.

Como era hombre de buen corazón y más grandes apetitos, decidió contentarlos cortando unos pedazos de una gran hogaza de pan y unos taquitos de buen queso de cabra que con su aroma estaba despertando el gato que llevaban en el estómago.

Agradecieron el gesto los dos actores y entre ellos comenzó una amena y agradable plática sobre asuntos menores y sin importancia, algo de política y de guerras, críticas a los estamentos privilegiados, un poquito de teatro y finalmente terminaron hablando de lo que todos los hombres terminan hablando.

El tabernero les describió con todo lujo de detalles las nuevas mozas que habían visitado su local, unas mujeres muy bien vestidas que se hospedaban en las habitaciones de la posada que también regentaba.

Carmelo advirtió del peligro que corrían si decidían salir por las noches y se ofreció para servirles de guía y compañía.

Los otros dos no pudieron evitar reírse a carcajadas con la chanza del gracioso hombrecillo.

Una de las jóvenes doncellas había escuchado la conversación y decidió seguirles la broma.

–Me place que un caballero tan gallardo y apuesto como usted se preste a defender a unas indefensas doncellas como nosotras.

–Yo, yo, yo...

–Arranca, amigo Carmelo –dijo el guasón de Tomasete, acompañando sus palabras con unas palmadas en la espalda.

Carmelo no pudo pronunciar palabra ante la belleza de la muchacha y pareció menguar y empequeñecer al tiempo que su rostro se iba transformando poco a poco en un exuberante tomate.

## **La pluma es la lengua del alma.**

Sentado en su escritorio, pluma en mano y papel en blanco a la espera de cobrar vida, el Fénix de los ingenios recordó con cariño a su padre, Félix de Vega, el bordador.

Su llegada a la corte de Madrid y cómo la literatura se había convertido para él en un medio obsesivo para alcanzar el ansiado ascenso social.

Había sido un muchacho de origen humilde, pero contó con ayuda para su formación universitaria.

Don Jerónimo de Manrique, pariente del poeta Jorge Manrique, lo había becado para cursar sus estudios universitarios en Alcalá.

Pero Lope abandonó pronto la carrera académica y la eclesiástica, que con frecuencia estaba ligada a la primera.

Sus romances escritos con apenas veinte años eran cantados por todos los ciudadanos de las Españas.

Por aquellos entonces ya triunfaba un tipo de teatro comercial que en el presente momento le proporcionaba fama y dinero.

Una cofradía piadosa se encargaba de explotar los teatros para atender a los hospitales de la corte.

La creación de este tipo de cofradías fue necesaria para limpiar la imagen del teatro y de los actores, muy mal vistos en aquella época.

Volvió a la realidad al escuchar las voces de una mujer en la calle, le decía a su marido: ¡eres como el perro del hortelano, ni comes ni dejas comer!

Anotó aquella frase y comenzó a pensar en la caracterización de un galán y de su criado.

Aquello le resultaba bastante fácil, ya que los personajes eran planos y cargados de una serie de tópicos que se repetían comedia tras comedia.

Volvió a perderse en sus ensoñaciones, envidiaba a Cervantes, se comentaba que había creado dos personajes redondos, cargados de humanidad y universales.

Había oído a críticos de reconocido prestigio profetizar que aquel caballero Don Quijote y su escudero Sancho cobrarían vida, tomarían cuerpo y sobrevivirían en las épocas venideras como hombres de carne y hueso.

Paparruchas y bobadas –pensó.

¿Qué de importancia va a escribir ese manco, si no es capaz de crear una comedia que emocione y haga reír?

Además todo el mundo sabe que siempre ha profesado una gran envidia hacia mi persona.

A través del sucio cristal de la ventana que daba luz a su escritorio pudo fijarse en dos hombres singulares caminando por la calle.

El más delgado le pareció ser su amigo y empresario teatral Romero, el más bajito y regordete sin duda era Carmelo.

Los perdió de vista cuando entraron en la Taberna del Caballo Veloz.

Al poco tiempo escuchó grandes voces y risas, supuso que ya habrían entrado en calor producto del dorado licor de cebada.

Dejó la pluma sobre la mesa y arrugó el papel en el que no había nada más que varias manchas de tinta que había emborronado con su antebrazo.

Salió a la calle a toda prisa, cruzó el pequeño espacio hasta la puerta de la taberna e hizo su estelar aparición.

–Esta ronda corre de mi cuenta, Tomasete –dijo el gran Lope.

La guapa señorita, Carmelo y Romero lo miraron con alegría, mientras le hacían hueco en la conversación.

La mujer contó que eran actrices de teatro que se dirigían a Burgos para apoyar a una compañía formada totalmente por hombres a la que habían encargado una obra para la que necesitaban cinco atractivas damas.

–¿Nos podría decir, bella joven, el título de tal comedia? –preguntó Lope.

–Es una pieza del genial autor teatral Lope de Vega, en concreto una perteneciente a las comedias de enredo en las que las mujeres son las protagonistas.

El título es *La viuda valenciana*.

–Mucho me temo que la señorita no ha reconocido a nuestro nuevo acompañante –se adelantó Romero.

–No tengo el placer –contestó ella.

–El placer y el gusto es mío, le presento al genial e insigne don Félix Lope de Vega y Carpio.

La muchacha no pudo evitar su turbación y sorpresa.

Estaba encantada de conocer al hombre al que tanto idolatraba.

Pidió permiso para avisar a sus compañeras y todos juntos disfrutaron de una agradable comida en compañía, muy bien servidos y atendidos del amable tabernero Tomasete.

Aquella velada se alargó hasta el amanecer, la comida dio paso a la cena y la cena terminó en los aposentos de Lope.

Ya sin compañía, el dramaturgo y la linda dama conversaron de forma apasionada sobre las obras del insigne comediógrafo.

Lope no precisó de sus artimañas, ni de su fluidez verbal para encandilar a la hermosa muchacha.

Ella estaba enamorada de él desde mucho antes de conocerlo en persona.

De aquel encuentro surgió una nueva musa para el Fénix; los días que sucedieron al feliz romance, llenaron cuartillas y cuartillas con sonetos dedicados a aquel fugaz amor, incluso una de sus mejores comedias germinó bajo los influjos de los sentimientos que despertó en él aquella desconocida.

**Los celos son señales de amor, es como la calentura en el hombre enfermo que el tenerla es señal de tener vida, pero vida enferma y mal dispuesta.**

Aquella mañana el sol se colaba por los agujeros de la lona que protegía el patio del corral de comedias.

María, Pedro y algunos actores más ensayaban una nueva comedia escrita por don Lope: El mejor alcalde, el rey.

Alguien entró por la puerta trasera y todos se volvieron a mirar.

El actor que tenía la palabra dejó su diálogo colgado en el aire.

El ingenioso Fénix apareció vestido de un negro radiante ribeteado con algunos adornos rojos.

Sin hacer apenas sombra a su gallardía lo acompañaba un joven también bastante apuesto.

–Os presento a mi sobrino Miguel, desde ahora en adelante consideradlo uno más de la compañía.

Hablaré con don Romero mañana, ahora me ocupan asuntos más urgentes.

Si sois tan amables de enseñarle el teatro y acomodarlo entre vosotros os estaré generosamente agradecido.

La sorpresa no fue recibida con alegría, aunque sabían que deberían tratar bien al muchacho, el futuro de su trabajo dependía en gran parte de ello.

Sin embargo, a María no le pareció tan mala idea y dejó escapar una leve sonrisa cuando sus ojos y los del nuevo actor se cruzaron en una fugaz mirada.

A Pedro no se le escapó nada de esto, fingió sentirse indispuesto y se marchó del teatro sin permitir que ninguno de sus compañeros lo acompañase.

Comenzó a callejear sin rumbo, no entendía lo que le estaba ocurriendo.

María era su mejor amiga, no podía permitir que otros sentimientos enturbiasen su relación.

Seguro que era algo pasajero, se centraría en su trabajo y trataría de mantener la calma.

Continuó paseando, parecía que la brisa de la mañana le estaba templando los nervios y que poco a poco comenzaba a sentirse mejor.

Se dejó perder entre las calles rebosantes de gente, cruzó su mirada con algunas jovencitas muy bellas y pensó que podría enamorarse de cualquiera de ellas.

Esa era una buena idea, se buscaría una chica para cortejarla y así mantendría su mente y su corazón ocupados de forma que se alejaran de impertinentes pensamientos.

Entre tanto, María se ocupó de enseñarle el corral de comedias al joven sobrino de Lope.

–Mira, allí arriba puedes ver los dos pisos de aposentos que rodean al patio.

Los de la planta superior están protegidos con celosías para ocultar a la nobleza de las miradas indiscretas de los villanos que ocupan el patio en el que nos encontramos.

–¿Qué es aquella tienda que se ve en la puerta de entrada del público?

–Se llama alojería y es donde se vende el alojamiento, una bebida refrescante muy solicitada sobre todo los días de caluroso verano.

–¿Y las gradas?

–Como ves estamos rodeados por estradas de madera donde se sientan los comerciantes, mercaderes, funcionarios y gentes de un nivel social más elevado que los pertenecientes al pueblo llano obligados a ocupar el patio de los mosqueteros.

Al fondo se encuentra el gallinero, donde se aprietan las mujeres, y digo se aprietan porque un acomodador se encarga de colocarlas y las obliga a recoger los amplios vestidos que suelen lucir para así dejar libre más espacio.

El corredor situado sobre la cazuela es ocupado por las autoridades municipales e instituciones tanto civiles como eclesiásticas.

–Interesante –comentó Miguel, más pendiente de la chica que de los elementos estructurales del recinto.

–Acerquémonos al escenario, tras él se encuentran los camerinos y sobre este, el balcón de las apariencias.

Miguel siguió a María simulando fascinación por aquello que le mostraba.

Sin embargo, la chica pronto se dio cuenta de que a su acompañante no le interesaba nada sobre la infraestructura del teatro.

Aunque el muchacho era atractivo, ella tenía claro que no quería comenzar ningún romance con nadie, por tanto fue enfriando la conversación poco a poco hasta que logró quitarse al sobrino de Lope de encima.

**Confía en el tiempo, que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades.**

Las líneas curvas predominaban en la fachada del palacio del arzobispo Supini, «Sombra Negra» para sus lacayos. Cornisas, columnas griegas, románicas y salomónicas eran algunos de los adornos que destacaban por encima de las líneas arquitectónicas.

Tormaqueda cruzó el jardín del patio interior que tenía una planta en forma de cuadrado perfecto, subió las escaleras de mármol blanco y se dirigió a la estancia donde le esperaban.

–Siéntate, querido amigo –dijo Sombra Negra dándole la espalda al recién llegado.

–Gracias, Ilustrísima.

–¿Quieres algo para beber?

–Tomaré un vaso de agua.

El arzobispo se sirvió una copa de ron, a pesar de lo temprano de la visita y le sirvió otra a su invitado.

–Te he hecho llamar porque tengo un encargo para ti y para tus hombres.

Quiero que limpiéis de mendigos las calles de la villa.

Deseo que no quede en Madrid ninguno de esos apestosos malolientes.

Los lleváis por la fuerza, si es necesario, a los caminos que abandonan la capital y los amenazáis con la muerte si vuelven a pisar mi ciudad.

–Sus deseos son órdenes.

¿Manda alguna otra cosa?

–No quiero nada más por ahora, estás haciendo un buen trabajo.

Una vez terminada la entrevista, Juan informó a sus caballeros negros sobre las nuevas órdenes.

Subieron a sus monturas de brillante color de azabache y se dispusieron a realizar una redada por las calles principales.

Los ensayos de *El mejor alcalde, el rey* habían terminado.

Carmelo, caracterizado a la perfección para su personaje de gracioso, se bajó de las tablas, se despidió de sus compañeros y sin cambiarse de ropa se dirigió hacia su casa para reunirse con Romero; aquella mañana no había trabajado con sus compañeros, al sentirse algo indispuerto.

¡Qué suerte la de aquel hombrecillo! La casualidad volvió a obrar en su contra.

Uno de los secuaces de la Inquisición lo confundió con un mendigo al verlo vestido de aquella guisa.



Lo cogió por los ropajes con su poderosa mano, lo subió a la grupa del caballo y no paró de arrearlo hasta que se encontró a las afueras de Madrid.

—¡No quiero volver a verte en la villa si no quieres probar el filo de mi espada en tus gruesas carnes!

Carmelo se sentó en una piedra del camino y comenzó a llorar desconsolado. No entendía nada de lo que había ocurrido.

En la villa continuaron las expulsiones.

En unas cuantas horas el centro de Madrid había quedado libre de pobres y mendigos.

El arzobispo pensaba que aquellas personas que se ponían a pedir limosna en las puertas de las iglesias ahuyentaban a los feligreses.

Era mucho mejor que el dinero de las almas caritativas fuera a parar al cepillo.

La Santa Madre Iglesia sabría utilizar aquellos dineros para algo de más importancia, aquellos apestosos solamente sabían comprar vino y andar borrachos a todas horas.

En la Taberna del Caballo Veloz se encontraba nuestra pareja de actores favorita, bueno quizá la segunda pareja de actores preferida.

Los jóvenes habían terminado sus ensayos y disfrutaban de una refrescante bebida en la posada de Tomasete, que los miraba de cuando en cuando con gran curiosidad.

¡Qué alegre es la juventud!, pensaba ensimismado.

La vida es para ellos, la ilusión por descubrir el amor, los proyectos profesionales, las ansias de conocer mundo y devorarlo con su fuerza, en fin, una gran alfombra de posibilidades puesta a sus pies.

Siguió con sus meditaciones trascendentales, y su cabeza comenzó a pensar en que todo aquello estaba equivocado, el plan de Dios era imperfecto.

Comenzamos la vida sin enterarnos de nada, bendita niñez, años felices y despreocupados.

Pasamos un tiempo descubriendo cosas nuevas durante la adolescencia, pero sin controlarlas.

Disfrutamos de la juventud y de la madurez en una etapa siempre ascendente, pero llega un momento en el que no sigues subiendo, el clímax ha llegado, como en las obras de Lope y todo lo que le sigue es una caída libre, un anticlímax, que terminará convirtiéndonos en una sombra de lo que éramos.

Recordaremos el pasado con nostalgia mientras nuestra piel se arruga, y la imagen que nos devolverá el espejo cada vez será menos parecida a la idea que tenemos de nosotros mismos.

Achaques, dolores, pérdidas de seres queridos, hasta que terminamos marchándonos de este mundo cuando nuestro verdadero ser dejó de estar con nosotros mucho tiempo atrás.

En una de aquellas arcaicas mesas de madera y lejos de las elucubraciones del posadero filósofo, Pedro cogió la mano de María y le preguntó:

–¿Qué te parece el nuevo chico, el sobrino de Lope?

–¿Te refieres a Miguel?

Es un chico muy atento y bastante simpático, además es atractivo como su tío.

Pedro, simulando una sonrisa, le dijo que a él no le caía demasiado bien, pero esperaba darle una oportunidad y quizá con el tiempo llegasen a convertirse en grandes amigos.

–Eso espero –le contestó ella–, no quiero que te sientas rechazado, para mí tú siempre serás el primero, eres mi amigo, mi confidente, yo nunca podré dejar de quererte.

–¿Crees que podrías llegar a sentir algo por Miguel en el futuro?

–Ya sabes que mi corazón está cerrado al amor, de momento espero que podamos ser buenos amigos, yo también quiero darle la oportunidad de que se sienta cómodo entre nosotros.

La llama del amor no se puede controlar, prende cuando lo desea y por más que queramos, una vez que nos quema es casi imposible sucumbir a su hechizo.

–No me gusta que te pongas tan seria cuando hablas de estas cosas, en el fondo sé que sufrirás hasta que veas tus deseos y propósitos cumplidos.

–Es cierto, hasta que encuentre a mi hermano y vea castigados a los asesinos de mis padres mi alma no descansará y mi corazón no podrá albergar ningún otro sentimiento.

**Las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se sienten bestias.**

El negro carruaje dejaba una senda de polvo tras de sí mientras atravesaba los caminos a toda velocidad. Dentro, Lope y una señorita bastante más joven que él reían a carcajadas.

De pronto la velocidad de los caballos comenzó a descender hasta casi detener su andadura.

–Señor, hay un hombre sentado en el camino –anunció el cochero.

Cuando el ingenio de los ingenios bajó del coche reconoció al hombre que encarnaba al gracioso en sus comedias.

–Carmelo, ¿qué haces aquí de tal guisa?

El pobre hombrecillo le contó cómo lo habían sacado a rastras de la villa.

Lope imaginó lo que sucedía, ya había escuchado algo sobre la limpieza de la ciudad. En menos que canta un gallo nuestro querido Carmelo estaba de vuelta en casa.

Trataron de tranquilizarlo y le prometieron que la cosa no iba con él, que había sido un malentendido.

Un poco más tarde, la campanilla anunció al arzobispo que alguien le esperaba en el salón. La chica que descansaba en la cama a su lado se vistió y desapareció de la habitación sin hacer ningún comentario.

Lope y su excelencia se saludaron con frialdad.

–Uno de mis actores ha sido confundido con un mendigo y lo han sacado de forma violenta de la ciudad.

–No sabe usted cuánto lo lamento, pero, dígame, ¿qué tengo yo que ver en todo ese asunto?

El astuto Fénix de los ingenios esbozó una sonrisa irónica y luego, mirando hacia los grandes ventanales del salón, dijo muy pausadamente:

–Cuando se visitan muchas camas se descubren muchos asuntos, las mujeres son muy indiscretas.

Me alegra saber que tenemos más de un negocio en común Vuestra Ilustrísima Santidad y un humilde servidor.

Al arzobispo se le mudó la color en el rostro.

–Querido Lope, siempre he presumido de tener una especial amistad con el más grande ingenio que ha dado nuestro país, y no hay motivo alguno para que esto cambie.

Me gustaría invitarles a usted y a su compañía a representar una de sus obras en el teatro del Buen Retiro.

–Me place y acepto encantado.

La negra carroza se dirigió hacia el corral de comedias, sabía que encontraría allí a su sobrino tratando de memorizar los diálogos.

Era algo durillo con los textos, pero también muy trabajador y constante, al final lograba hacerse con los papeles, de momento secundarios, pero pronto se convertiría en un gran actor; con su inestimable ayuda, claro está.

De camino comenzó a repasar mentalmente sus obras con el fin de elegir la más adecuada para la ocasión.

Peribáñez y el Comendador de Ocaña podría ser una buena elección, una comedia de honra villana, al público le gustaba ver cómo los miembros del pueblo llano lograban sacar a flote su honor con tesón y empeño.

Aunque Fuenteovejuna disfrutaba de gran éxito, un pueblo entero se levanta contra el abuso de los nobles, los espectadores aplaudirían sin descanso el valor del grupo y la fuerza de la unión.

Quizá sería mejor una comedia que hiciese reír como La dama boba, es importante el poder catártico y liberador que el teatro provoca en las mentes de las personas.

También poseen gran atracción las obras sobre el tema del adulterio, *El castigo sin venganza* podría ser una buena opción.

Lope continuó con sus pensamientos sin ser capaz de elegir la pieza que más convendría para aquella tan alta ocasión.

Cuando llegó al corral de comedias, en uno de cuyos aposentos se hospedaba su sobrino, se dirigió a él para que se encargase de comunicarles a sus compañeros la buena nueva.

La compañía representaría una de sus comedias en el teatro del Palacio del Buen Retiro ante la atenta mirada de ilustres personalidades.

La asistencia del rey don Felipe y de su esposa la reina doña Margarita estaba por confirmar, pero era muy probable que actuasen para la realeza.

## **Amistades que son ciertas nadie las puede turbar.**

La noticia corrió como la pólvora entre los actores de la compañía.

Por fin tendrían la suerte de actuar para sus majestades los reyes.

Aquello relanzaría sus carreras y les haría ganar gran prestigio como compañía de teatro.

Disfrutaban de cierta fama fuera de la corte, representaban obras de Lope y, por tanto, sus actuaciones gozaban del favor del público.

Llegaba el momento de asentarse definitivamente, Madrid era un reto para cualquier compañía y si lograban tener una gran noche su prestigio quedaría definitivamente consagrado.

Se escucharon voces y risas correr calle abajo.

Las miradas de los congregados en el patio del teatro se dirigieron hacia la puerta principal, donde sonó un gran portazo.

Una joven entró como alma que lleva el diablo, se paró en seco al ver tantas miradas posarse en su persona, y con una media sonrisa, y el brazo en alto, saludó tímidamente. Instantes después entró Pedro, este perseguía a la moza con tanto ímpetu que no pudo detenerse y la arrolló nada más atravesar la entrada.

Tras levantarse del suelo y sacudirse los pantalones, sonrió a sus compañeros y presentó a su amiga:

–Creo que no la conocéis: es Irene.

María borró la sonrisa de sus labios, bajó del escenario, besó en el rostro a Pedro y saludó con frialdad a la chica.

Miguel, que por entonces parecía un perrillo faldero de María, la siguió tras saludar de forma muy educada y cortés a los recién llegados.

Los miembros de la compañía fueron saludando uno por uno a la nueva amiga de Pedro.

María aprovechó el tumulto de gente en torno a los recién llegados y desapareció de la escena.

Estaba atardeciendo y como casi todos los días subió a su rincón favorito.

No había transcurrido mucho tiempo cuando su amigo del alma se sentó a su lado para contemplar con ella la puesta de sol.

–Te comportas como una niña.

–No sé de qué me estás hablando.

–El otro día me pedías que fuese comprensivo e hiciese amistad con Miguel, aplícate el cuento –le comentó Pedro un tanto molesto.

–Son imaginaciones tuyas, me encontraba un poco cansada y decidí subir aquí para respirar aire fresco.

–Vale, he concertado una excursión para los cuatro, Miguel, Irene y nosotros dos. Pasaremos un día en el campo.

En aquel lugar tan bonito donde solemos ocupar el día leyendo cuando estamos de descanso con la compañía.

–Me parece bien, me encargaré de la comida –respondió ella.

–No te preocupes, yo lo organizaré todo.

–¿No deberías bajar y hacerle compañía a tu nueva amiga?

–Ya la he acompañado a casa, vive muy cerca de aquí.

Quería ver la puesta de sol contigo.

El joven le puso de manera cariñosa la mano en la parte superior del brazo y apretó a la chica contra su cuerpo, ella descansó la cabeza en su hombro.

Así pasaron las horas sin hablar, disfrutando primero del cielo anaranjado, luego de la opaca luz del anochecer, y posteriormente de la luna y las estrellas.

No necesitaban decirse nada para sentirse felices juntos.

Se miraban a los ojos de vez en cuando con una sonrisa en los labios, sobre todo cuando veían una estrella fugaz.

Él le daba un tierno beso en la frente y ella lo estrechaba con fuerza rodeándolo con sus brazos por la cintura.

En una suntuosa habitación de recargado mobiliario de estilo italiano, con sillas contorneadas en lugar de repujadas, de respaldo alto con rejillas en lugar de tapicería y mesa de estilo barroco y riqueza en adornos, descansaba el arzobispo Supini.

Las formas eran protuberantes y salientes, predominaban los claroscuros.

Los muebles de talla con motivos vegetales estaban esculpidos en bajorrelieve, estucados y estofados o dorados.

El escritorio era de gran tamaño y sin tapa frontal para revelar a la vista la decoración de las gavetas.

Abundaban los chapeados de concha de tortuga con guarniciones de bronce, siguiendo modelos flamencos de importación.

Como de costumbre, Supini estaba leyendo en su cama con dosel, inspirada en los modelos cortesanos de Italia, las columnas salomónicas se apoyaban sobre altos plintos y estaban coronadas por fajas doradas.

Aquella noche no esperaba visita, pero escuchó la clave en forma de golpecitos en la camuflada entrada a la habitación, enseguida supo que tendría una agradable visita.

La puerta cedió chirriando y una preciosa jovencita apareció como surgida de la nada de entre las sombras del pasillo.

La luz del hombre que la había acompañado hasta allí desaparecía poco a poco, retornando sobre sus pasos, sin mediar palabra con ninguno de ellos.

## **El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho.**

El fuego hacía crepitar la leña en el hogar.

Romero estaba leyendo la última comedia de Lope, y Carmelo, envuelto en una manta, miraba fijamente hacia la chimenea con la vista perdida, quizá recordando los últimos sucesos que con tan mala suerte había protagonizado.

Todavía le dolían los azotes que recibió de manos de los alguaciles, pero más grave que el dolor físico era el estado mental en el que había quedado, sobre todo tras el último incidente.

Llegó a creer que no podría volver a pisar su amada ciudad, que no volvería a reír con sus amigos y a disfrutar de las representaciones de teatro, que eran su vida.

Romero lo miró apenado, sabía que el miedo se había apoderado de su amigo y trató de distraer sus pensamientos contándole alguna historia.

–¡Qué suerte haber viajado con el maestro!

–Suerte, suerte, lo que se dice suerte no estoy teniendo mucha, pero me siento muy honrado de que don Lope se haya preocupado por mí.

–Su amigo Juan Pérez de Montalbán dice que ha escrito ya más de mil quinientas comedias.

–¿Crees que llegaremos a representar al menos la mitad de ellas?

–Si Dios nos ayuda y no nos separa de nuestro querido comediógrafo, al menos no nos faltará trabajo el resto de nuestras vidas.

Romero se acordó de Elena Osorio, la Filis de los sonetos de Lope. Contó cómo el Fénix se enamoró de ella y las trágicas consecuencias que desencadenó ese amor.

–El maestro es un gran mujeriego –repuso Carmelo.

–Cierto, y no siempre sus aventuras le han traído algo bueno.

Por aquella época, Elena se separó de su marido, el actor Cristóbal Calderón.

Lope favorecía a su amada con comedias para su padre, el empresario teatral Jerónimo Velázquez.

Hasta aquí todo marchaba de maravilla, sin duda eran tiempos felices.

Pero el destino traicionero quiso que Filis aceptase casarse por conveniencia con el noble Francisco Perrenot Granvela, sobrino del poderoso cardenal Granvela.

Lope enfurece y escribe..., espera, creo que tengo los versos en este baúl.

–Dice así –leyó Romero:

Una dama se vende a quien la quiera.



En almoneda está. ¿Quieren compralla?  
Su padre es quien la vende, que aunque calla  
su madre la sirvió de pregonera...

-Debió sufrir mucho el pobre maestro, ver cómo le arrebatában a su amor...

-Cierto, pero no termina aquí la historia, también denunció la situación en su comedia Belardo furioso y en una serie de sonetos y romances pastoriles y moriscos.

La justicia lo envió a la cárcel. Volvió a injuriar a la familia de su amada y fue desterrado ocho años de la Corte y dos del Reino de Castilla.

Sentenciado a pena de muerte si osaba desobedecer la prohibición.

Mucho tiempo después escribió La Dorotea, novela dialogada en la que rememoraba los amores con Elena.

-Recuerdo que tenemos un volumen en una de las estanterías -dijo Carmelo-, creo que entretendré mi maltrecho pensamiento en la lectura de tan genial obra.

**En los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados.**

La mañana era fresca, pero el sol invitaba a pasar el día en el campo.

Era jornada de descanso en la compañía. Pedro, María, Miguel e Irene planearon una comida campestre a la orilla del río.

Conocían un lugar magnífico para disfrutar de la naturaleza sin ser molestados por los paseantes de la villa.

El lugar no estaba muy alejado, pero había que atravesar un espeso bosque de matorrales hasta llegar a un claro protegido por la sombra de un frondoso árbol y bañado por las aguas del río.

Tendieron una manta y sacaron una botella de buen vino y algo de queso para acompañar.

Pedro cogió una pequeña flor blanca, apartó el pelo de la cara de Irene y se la puso en la oreja.

–¡Qué guapa estás!

–Gracias, eres un amor –respondió Irene.

Miguel quiso imitar los pasos de Pedro, pero María se anticipó al gesto del joven y propuso jugar a la gallinita ciega.

En lo más profundo de su corazón se sintió molesta al ver las muestras de cariño de su querido amigo hacia Irene.

¿Serían celos?

Trató de alejar aquellos incómodos pensamientos de su cabeza.

Por otro lado, el sobrino de Lope le estaba comenzando a resultar pesado, tendría que mostrarse más fría y cortante para que Miguel abortase cualquier intento de conquistarla.

Por ese camino no conseguiría nada.

Sacaron unas hierbas para ver a quién tapaban los ojos con un pañuelo.

Pedro quedó a oscuras y los otros tres compañeros comenzaron a gastar bromas, darle vueltas, pellizcarle y golpearle con la palma de la mano en la cabeza.

En un audaz movimiento consiguió atrapar a su presa.

Por el aroma supo que se trataba de María, entonces aprovechó para acariciar su pelo con dulzura, se detuvo con suavidad en un rostro al que había mirado tantas veces, pasó la mano por su mejilla, rodeó con su índice el perfecto lóbulo de su oreja, le

hizo cosquillas en el cuello... hasta que María le detuvo el brazo agarrándolo por la muñeca.

–Eres María.

–¡Qué listo!

–Ya sabía que eras tú desde el principio.

–Supongo, no creo que a Miguel lo hubieses acariciado de esa forma.

–¿Quién sabe? Tiene un cutis muy fino.

Todos rieron la gracia de Pedro, todos menos Irene, quien no parecía estarlo pasando demasiado bien.

Propusieron jugar al escondite, no deberían alejarse del árbol demasiado, podría resultar peligroso, aquel paraje estaba rodeado de maleza, y si se despistaban, corrían el riesgo de perderse o caer al río.

Miguel se colocó de espaldas contra el gran árbol que los cobijaba, se tapó los ojos y comenzó a contar: «diez, nueve, ocho...»

Los otros tres comenzaron a correr, sin embargo Irene se detuvo y se sentó en una piedra a la orilla del río, estaba cansada de juegos.

María y Pedro no se dieron cuenta de que corrían solos, llegaron a esconderse tras el tronco de un anciano y grueso árbol.

Se miraron de frente, sus cuerpos estaban tan cerca que Pedro podía sentir el calor y la respiración agitada de la muchacha.

–¿Dónde se ha quedado Irene? –preguntó ella.

–No tengo ni idea, creía que venía con nosotros.

Se habrá escondido tras la maleza.

A Pedro le estaban entrando unos deseos locos de besarla en los labios.

Pero era tanto el respeto que le profesaba que no se atrevía a hacer nada.

María notó que el corazón del muchacho se aceleraba por momentos.

–¿Qué te ocurre?

–Tengo que decirte que te...

Ella le puso el dedo índice en los labios impidiendo que Pedro pronunciase más palabras, sellando así la inoportuna declaración.

En ese preciso instante llegó Miguel:

–¡Os pillé!

Durante el camino de regreso todos permanecieron en un incómodo silencio.

Excepto Miguel, que trataba sin éxito de entablar alguna conversación soltando por su boca la primera tontería que se le pasaba por la cabeza, se sentía mal ante aquella calma tensa.

Mientras María y el sobrino de Lope entraban en el corral para dirigirse a sus aposentos, que se encontraban dentro del propio teatro, Pedro acompañó a Irene hasta el portal de su casa.

–¿Qué tal lo has pasado? –preguntó el chico para romper el hielo.

–No muy bien, la verdad.

–Podemos quedar otro día para ver si puedo resarcirte y dejar en ti un mejor sabor de boca.

–Mira, Pedro, eres un buen chico, pero creo que deberías aclarar tus sentimientos primero.

Realmente eres encantador y ojalá hubiese llegado a tu vida en otro momento porque quizá habría surgido algo bonito entre nosotros, pero así y en estas circunstancias es mejor que lo dejemos pasar.

Quién sabe si en el futuro nuestros caminos volverán a cruzarse.

La chica le dio un beso en el rostro y se despidió con un adiós que sonó a definitivo.

Pedro no logró conciliar el sueño aquella noche, la conciencia no le dejaba dormir.

No había hecho nada malo, pero en su fuero interno sabía que tampoco había obrado bien.

No estaba siendo sincero consigo mismo y al final había metido a otra persona en un juego en el que le sería imposible participar.

Su intención primera había sido loable, tratar de ahogar unos sentimientos que no podía permitirse el lujo de sentir, intentando encender una nueva llama en otro corazón.

Al día siguiente se levantó muy temprano, acercó la silla a una pequeña mesa que descansaba frente a la ventana y provisto de pluma y papel se dispuso a escribir una carta de perdón y despedida:

*Querida Irene:*

*Bien sabes que mi intención no ha sido la de jugar contigo, ni mucho menos tratar de engañarte o hacerte daño alguno. Tienes razón cuando me dices que tengo que ser sincero conmigo y aceptar mis sentimientos. Eres una chica muy especial, a la par que bella, creí que podríamos tener algún tipo de relación romántica, pero está claro que la voluntad no es suficiente y que el corazón tiene motivos que superan a los de la razón. Mi corazón tiene dueña, en contra de mi voluntad. En otro lugar y en otro tiempo no tengas dudas de que mi amor por ti habría sido sincero. Espero que tengas suerte en la vida, quizá algún día volvamos a encontrarnos.*

Cerró y lacró el sobre, lo introdujo en un bolsillo y salió del corral de comedias en dirección al hogar de Irene.

No había casi nadie a aquellas horas por las calles.

Regueros de aguas fecales bajaban por la cuesta haciéndolo saltar de cuando en cuando para no mancharse los botines.

Cuando llegó a su destino, buscó un hueco entre las maderas del portón e introdujo el sobre dejándolo caer al interior de la casa.

## **Cada uno es como Dios lo hizo, y aun peor muchas veces.**

La ornamentación de la estancia era muy recargada.

Una chimenea encendida daba calor a los dos hombres allí reunidos.

El arzobispo miraba fijamente por los ventanales a dos señoras que paseaban por el camino que se internaba en el bosque.

Un hombre a caballo las adelantó mientras con un gentil ademán se descubrió la cabeza de su bonito sombrero de fieltro para saludarlas.

El jinete detuvo su montura unos metros más adelante cuando alcanzó a un negro carruaje que iba en el mismo sentido.

La carroza aminoró el paso y entre el caballero y el ocupante del vehículo se produjo una breve pero intensa discusión a juzgar por los apasionados gestos del jinete.

–Es absolutamente necesario que este asunto quede entre nosotros dos –dijo girándose hacia el otro hombre, que permanecía sentado hojeando uno de los libros que momentos antes había cogido de la estantería.

–Estoy completamente de acuerdo, cuanta menos gente sepa de nuestras intenciones, mucho mejor –contestó Tormaqueda levantando los ojos del libro.

–¿Crees que necesitarás ayuda o podrás ocuparte personalmente?

–He meditado algunas formas de llevar a cabo el asunto, es mejor que lo haga solo.

–En otro orden de cosas, ¿se ha fijado ya la fecha y hora de la representación?

–Sí, su eminencia, en una semana estará todo listo para que su majestad la reina pueda asistir. La obra elegida ha sido La discreta enamorada, del genial Lope de Vega.

–¿La reina Margarita no será acompañada por su esposo don Felipe?

–Su majestad el rey se encontrará de cacería en la fecha elegida para el evento.

–Es una lástima, tenía pensado promover algunos negocios de mi interés con él, pero para el golpe que hemos planeado quizá nos favorezca que venga ella sola.

–Completamente de acuerdo con su Ilustrísima.

La villa de Madrid se estaba quedando sin vida social por las noches.

A la habitual delincuencia se le había unido la expulsión de los mendigos y los asesinatos de las prostitutas.

El pueblo llano no tenía dinero para la diversión y además el miedo se había apoderado de ellos, pensaban que había una orden secreta comandada por nobles y miembros de la Inquisición que se dedicaba a eliminar a todos aquellos individuos que fuesen prescindibles.

Era un sentir general que no tenía unos fundamentos demasiado claros, pero que poco a poco había ido tomando cuerpo en forma de una teoría conspirativa.

Se comenzó a creer que se estaba produciendo el exterminio de tullidos, deformes y personas con taras psicológicas.

Era como si se hubiesen propuesto mejorar la raza eliminando de la sociedad todo aquello que no tuviese noble apariencia o que no dispusiese de la fuerza necesaria para ser un esforzado trabajador, o un fornido soldado.

Se necesitaban hombres dedicados a sus labores y también guerreros para luchar por la patria en los muchos frentes abiertos en Europa.

Además de fértiles mujeres que trajesen al mundo niños que mejorasen la raza hispana.

Todo aquel que costase dinero al Reino o que diese mala imagen era expulsado o asesinado.

Nadie podría probar de forma fehaciente esta teoría, pero la gente llana sentía el miedo en sus corazones.

Es posible que todo fuese producto de sus temerosas mentes, pero lo cierto era que los mendigos ya no pedían a las puertas de las iglesias, las mujeres de la noche cada vez escaseaban más en las esquinas y a los deformes e impedidos tampoco se les veía por las calles, ya fuese porque los estaban quitando de en medio o porque no se atrevían a salir de sus casas.

En tiempos de carestía y de problemas económicos, el recurso del miedo ha sido utilizado por todos los gobiernos.

A las masas hay que tenerlas controladas, la mejor forma es que estén atemorizadas.

Los oscuros tiempos medievales ya habían pasado, pero la modernidad no había llegado todavía.

La Iglesia, con su tremendo poder, utilizaba también el miedo.

En aquellos tiempos, al temor cristiano a ir al infierno tras la muerte, se le unía el temor a ser acusado de herejía.

Sí, acusado, porque no era necesario ser hereje, con tener un vecino envidioso que quisiese tus tierras, te podías convertir en hereje de la noche a la mañana.

**La hermosura del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con ventajas.**

Volvemos a la humilde vivienda de Romero y Carmelo.

Nuestros dos amigos ya se han retirado a descansar después de un duro día de trabajo.

El salón vacío ha quedado perfectamente ordenado, la chimenea apagada todavía desprende algo de calor y los gatos se han acercado a dormir sobre las cenizas.

En la cocina cuelgan ristras de ajos y de pimientos verdes y rojos, las cazuelas limpias y colocadas, y en la alacena los alimentos imprescindibles para la siguiente jornada.

El pequeño dormitorio está arriba, se accede a él subiendo unas estrechas escaleras de madera. Carmelo y Romero descansan en la misma habitación en dos jergones bien mullidos de paja.

–¿Te has dormido ya?

–Si lo estaba, ya no lo estoy.

–Bien dice usted, y qué sabio es.

–¿Qué tripa se te ha roto ahora?

–Cuénteme más cosas sobre el gran maestro.

Romero dudó sobre si mandarlo a freír espárragos, darse la vuelta e ignorarlo o acceder a su petición.

Meditó unos instantes, supuso que su buen amigo Carmelo se habría desvelado recordando los infortunios que lo habían acechado durante las últimas jornadas.

Se compadeció de él y comenzó a relatar de nuevo la vida de Lope en el punto donde la había dejado.

–Creo recordar que nos habíamos quedado en *La Dorotea*, pues bien, cuando escribe esta genial obra, recordando sus amores con Elena Osorio, ya estaba enamorado de Isabel de Alderete y Urbina.

Rapta a esta última y se casa con ella.

A los pocos días se alista en la armada dejándola sola. Meses después, vuelve con Isabel para instalase en Valencia.



–Tras cumplir los dos años de destierro se traslada a Toledo, eso sí que lo recuerdo –dijo Carmelo.

–Pero la desgracia se vuelve a cebar con Lope; cuando solamente llevaba seis años casado con Isabel, esta muere de parto.

Carmelo se durmió soñando con las aventuras de su adorado dramaturgo.

En su cabeza se mezclaba la vida real del autor con las tramas de las comedias de capa y espada que tanto le gustaba leer.

Se vio a sí mismo involucrado en un duelo para salvar a una dama en apuros y corriendo miles de aventuras en las que siempre salía victorioso y conseguía el amor de la dueña de su corazón, que por aquellos entonces simplemente era fruto de su imaginación.

A la mañana siguiente, Carmelo se levantó muy temprano.

Salió de casa con prisas y sin decirle nada a Romero, que permaneció dormido hasta que el sol estaba bien arriba y alumbraba con fuerza.

Se dirigió a la casa de un anciano, le había prometido hacerle compañía y alegrarle el día de vez en cuando.

Llamó a la puerta, para su sorpresa contestó una voz femenina, dulce y melodiosa.

Una agradable mujercita le preguntó qué se le ofrecía, pero Carmelo no fue capaz de articular palabra, se quedó prendado de la belleza de aquella graciosa muchacha de rojizos mofletes, que desbordaba vida y alegría por todos sus cuatro costados.

–Despierte, señor bobo, que no tengo todo el día.

–Venía a ver a don Floriano.

Desde el interior, una voz cascada por la edad le pidió a Benita que dejase pasar a Carmelo.

Don Floriano relató cómo la chica se había quedado huérfana; tras el infortunio, había tomado la decisión de contratarla para que le hiciese compañía y le arreglase un poco la casa además de hacerle la comida.

–Ya no tendrás que venir a verme si no lo deseas.

–Mis visitas no eran por obligación, sabe usted que lo aprecio mucho y que nos profesamos gran amistad.

Y ahora con este bellezón en casa –pensó Carmelo para sus adentros sin quitarle ojo a la doncella– quizá venga incluso más a menudo que antes.

Miguel cenó poco y se fue a la cama temprano.

Tenía el estómago compungido por los nervios, se sentía muy excitado y no paraba de darle vueltas en la cabeza a la misma idea.

Cerró los ojos y vio la cara de María, podía sentir su olor si aspiraba con profundidad.

Estaba totalmente convencido de que si le declaraba su amor ella le correspondería.

Sí, ya había escuchado los comentarios de sus compañeros cuando lo descubrían observándola: esa chica no es para ti, aparta esa idea de la cabeza, no la conseguirás nunca...

Pero él tenía mucha confianza en sí mismo, qué sabían aquellos patanes del amor cortés ni de las dotes de seducción con que la madre naturaleza lo había dotado.

Las mujeres se habían peleado siempre por sus atenciones y cuando se lo proponía, conseguía enamorar a cualquier muchacha en la que se hubiese fijado.

Pasó la noche en aquellos y otros pensamientos parecidos hasta que unas horas antes del alba el cansancio pudo más que su excitación nerviosa y se quedó profundamente dormido.

A la mañana siguiente habían quedado temprano para ensayar, despertó sobresaltado, abrió la portezuela del pequeño ventanal de su habitación y observó que el sol lucía en lo alto de un cielo azul brillante.

Se vistió a toda prisa y llegó atropelladamente al lugar donde sus compañeros recitaban los versos de Lope, interrumpiendo a María que declamaba así:

Y de una historia amorosa,  
digna de aplauso y teatro.  
Hay dos prosas diferentes;  
poética e historial;  
la historial, lisa y leal,  
cuenta verdades patentes  
con frase y términos claros;  
la poética es hermosa,  
varia, culta, licenciosa,  
y oscura aun a ingenios raros.  
Tiene mil exhortaciones  
y retóricas figur...

La joven dejó suspendida la frase a causa de la estruendosa aparición de Miguel, se quedó mirándolo con ojos iracundos.

Entre los actores era bien conocido que no se debía interrumpir cuando un compañero declamaba sus frases; romper la concentración y hacerlos comenzar de nuevo era algo con lo que no solían transigir.

Además había incurrido en otra gran falta, llegar tarde a los ensayos.

Todos vieron la mirada de rabia con la que María obsequió al torpe y novato sobrino de Lope, y también notaron el creciente rubor que se apoderó del rostro del muchacho.

–Vaya una mala pata con la que comienzo el día –pensó Miguel–, pero bien acaba lo que mal empieza.

El gran momento está por llegar, esta misma tarde aprovecharé cualquier ocasión en que se encuentre sola y le pediré disculpas por la interrupción.

Volvió a dejar correr su imaginación, embelesado en las dulces palabras con las que agasajaría a la dueña de sus amores, los requiebros de enamorado que harían las delicias de su amada y las promesas de eterno amor con las que ella caería rendida en sus fornidos brazos.

–¡No piensas trabajar hoy! –La enojada voz de María lo despertó de su feliz ensoñación.

–Sí, sí, ¿por dónde íbamos?

–Tú no ibas por ningún sitio, nosotros vamos a comenzar el segundo acto y tu intervención no tardará en llegar, ya que en el primer acto te tuvo que sustituir Pedro.

Miguel permaneció en silencio sin atreverse tan siquiera a proferir una disculpa, sabía que ella tenía razón, toda la culpa era suya y había pecado de falta de profesionalidad.

La hora del mediodía no se hizo esperar, los estómagos estaban hambrientos y Lope los había invitado a merendar en la posada del Caballo Veloz.

Tomasete los estaba esperando con su habitual sonrisa y su natural y agradable talante.

Los fue saludando de uno en uno y a todos ellos por su nombre les fue regalando agradecidas y cumplidas palabras.

Como siempre las mesas estaban dispuestas a la perfección, le gustaba cuidar hasta el último detalle, y trataba con todo su esfuerzo de que los actores se sintiesen como en su casa, ni los actores ni cualquier invitado que hubiese tomado posada en su local jamás tuvo ninguna queja ni del trato ni del servicio.

La sobremesa se alargó entre risas y cantos, corrieron y se vaciaron jarras de vino y de cerveza, así como toda clase de ricos manjares.

Lope solía ser generoso con su compañía, y cada vez que se estrenaba una nueva obra los deleitaba con una sabrosa y opulenta comida.

Se tomaron la tarde de descanso y después de la comilona cada uno se fue a descansar a sus aposentos.

Miguel continuaba nervioso, ansiaba la llegada del crucial desenlace y no dejaba de espiar la puerta de la habitación de María para poder fingir un encuentro casual.

Se puso a leer un libro que su tío le había hecho llegar, era la obra de Cervantes *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, trató de concentrarse en la lectura para liberar su mente y su estómago de la presión a la que se estaban viendo sometidos a causa de la tensión autoimpuesta ante la llegada del esperado momento.

Percibió el rechinar de las bisagras de una de las puertas, se asomó por la rendija que quedaba abierta en el postigo de la suya pero no pudo divisar ningún movimiento, escuchó unos pasos alejarse, sin embargo pensó que serían botas de hombre y no sandalias de mujer como él esperaba.

Volvió a enfrascarse en las aventuras del caballero y de su escudero, e incluso se le escapó alguna sonrisa con el episodio de los batanes.

Sancho maneó el rucio de Don Quijote para que no pudiese acometer una peligrosa y desconocida aventura que le esperaba en la oscuridad con grandes y aterradores ruidos.

Al temeroso escudero se le había descompuesto el cuerpo pero no se atrevía a separarse un punto de su señor, tal era el miedo que le infundía el terrorífico sonido que se escuchaba tras la maleza.

Decidió bajarse los pantalones y hacer sus deposiciones debajo del mismo Rocinante, de modo que los efluvios llegaron a su amo por vía directa, ya que aquel no había querido bajarse de su caballo, pensando que se encontraba encantado y por eso no se podía mover del sitio por más que lo arreaba anhelante de acometer aquella nueva y desconocida aventura que con tan feroz estruendo le esperaba.

Sancho veo que tienes mucho miedo –le dijo don Quijote–, pero podías haberte apartado un trecho por el respeto que debes a mi persona.

Este gracioso pasaje se vio interrumpido por un nuevo chirriar de bisagras oxidadas, esta vez sí era el objeto de sus pensamientos, la dueña de sus suspiros, la que hacía acto de presencia en el corredor que daba acceso a los aposentos; esperó un tiempo prudencial y se dispuso a seguirla.

Su corazón golpeaba con fuerza e intensidad, tanto que le levantó un leve dolor de cabeza.

Observó como María se introducía por el hueco de una de las columnas de madera y desaparecía de su vista.

Tomó el mismo camino, tras el escondido pasadizo aparecía una estrecha escalera que seguro que daba al tejado del corral de comedias.

¡Perfecto! –pensó–, allí nos encontraremos solos y podré hacer gala de mi donaire y gallardía sin que mis amorosas y dulces palabras se vean interrumpidas.

Subió con sigilo hasta que volvió a ver la opaca luz del atardecer.

El mundo se le vino al suelo y sus ilusiones se destrozaron en miles de pedazos, María y Pedro estaban abrazados y sentados sobre las tejas disfrutando de la preciosa puesta de sol que les brindaba aquel romántico lugar.

Ellos no fueron conscientes de que Miguel los observaba a sus espaldas, ella recostó como siempre su cabeza en los hombros de Pedro, y él pasó de forma cariñosa y protectora su fuerte brazo por los hombros de la joven para acunarla contra su cuerpo.

En aquel preciso instante desaparecieron los nervios y la presión a la que se había sometido durante todo el día y gran parte de la noche anterior, la calma se apoderó de su mente y de su cuerpo al comprender que María no sería nunca suya.

Los nervios se templaron dejando en su lugar una gran calma seguida de un profundo vacío.

Las ilusionadas esperanzas que lo habían copado todo las últimas semanas se apagaron de un plumazo.

Al vacío siguió una gran punzada de dolor en el pecho y una terrible opresión en el estómago.

Volvió a su aposento y se tumbó en el lecho tratando de mitigar su dolor sin conseguirlo.

Al día siguiente no bajó a ensayar, pasó la mañana tendido en la cama, como en estado de fiebre.

El estómago se le había cerrado de tal modo que no permitía la entrada de alimento alguno. Se encontraba débil y sin fuerzas.

Por la tarde trató de levantarse, pero se sentía mareado; había pasado la noche entre pesadillas, imaginando la cara de María y su dulce sonrisa para despertar a la cruda realidad sin su amada.

En ocasiones soñaba que ella lo había aceptado, se sentía feliz soñando, pero cuando despertaba sus ilusiones se rompían en mil pedazos.

**La falsedad tiene alas y vuela, y la verdad la sigue arrastrándose, de modo que cuando las gentes se dan cuenta del engaño ya es demasiado tarde.**

El florecimiento del teatro cortesano supuso la revolución técnica en la forma de hacer teatro.

El florentino Cosme Lotti, ingeniero y arquitecto, organizó la representación de La selva sin amor de Lope, precedente de la ópera nacional, y con ella se inauguró el teatro moderno, que se alejó cada vez más de las rudimentarias obras representadas en los corrales de comedias.

Aquella noche no quedaba ni una butaca libre en el teatro del Buen Retiro.

La gente hablaba sin descanso, provocando una algarabía ensordecedora.

Tras los telones del decorado María observaba nerviosa a través de un pequeño agujero a aquel implacable público; si no les gustaba la obra podrían ser despiadados.

En el palco principal lucía imperial la reina, a su derecha el arzobispo y completando el aforo toda clase de autoridades locales, así como el séquito de su majestad.

Finalmente, su esposo no pudo hacer acto de presencia, de todos era sabido que su afición a la caza estaba por encima de cualquier otra actividad.

Se levantó el telón, apareció el rey caracterizado de anciano, prudente y sentencioso.

Se dirigió al público con humildad, pidió que si no les gustaba la obra fuesen clementes con aquellos pobres actores que lo único que pretendían era hacerles pasar un buen rato.

Posteriormente fue presentando a cada uno de los personajes que aparecerían en la representación.

Primero entró el caballero, defensor del honor y padre del galán; el público aplaudió enfervorecido.

Posteriormente apareció el galán, idealista, enamorado y de una enorme perfección física; hubo gritos y chillidos procedentes de la zona ocupada por las mujeres.

Tocaba la estelar aparición de Carmelo, caracterizado de gracioso, criado del galán; fingió un tropezón y dio con su rollizo cuerpo en el suelo, los asistentes reían sin poder contener las lágrimas.

Turno para Romero, que en esta ocasión encarnaba al villano, de procedencia rural, pero firme defensor de la pureza de sangre y de la honra; aplausos también para él.

Tras él la criada, confidente de la dama.

Por último, la gran presencia esperada, María, la dama, que con su belleza y elegancia eclipsó a todos los demás actores; los mosqueteros se volvieron locos,

lanzaron sus sombreros al aire y le gritaron: ¡bonita!, ¡guapa!, y toda clase de piropos, algunos subidos de tono.

Posteriormente entraron en tropel los actores secundarios, que completaban el elenco de la compañía.

Las luces se apagaron, y el silencio se hizo en la platea, el telón de boca se levantó y aparecieron en escena sobre el tablado Belisa (viuda) y Felisa (su hija).

La trama de la obra nos relatará, mediante el diálogo representado, la pérdida de la razón por amor de la protagonista, Felisa, que no cejará en su empeño hasta conseguir el amor del hijo del capitán Bernardo.

La historia se complica cuando aparece en escena Lucindo, que pretende a la bella Felisa.

Don Floriano y Benita ocupaban dos butacas de las primeras filas, habían sido invitados por Carmelo.

La doncella lucía sus mejores galas, se había peinado y maquillado para la ocasión.

Carmelo no podía dejar de mirarla cada vez que aparecía en escena, por más que su profesionalidad se lo intentaba impedir.

Ella sentía un intenso fuego en el pecho y el corazón le palpitaba tan fuerte que parecía querer escapársele por la boca cada vez que el gracioso de la comedia le dirigía una fugaz mirada de reojo.

No muy lejos de allí, recorría el pasillo sigilosa una oscura figura que embozada en una capa se protegía de cualquier indiscreta mirada.

Sabía que en esa zona del palacio no se encontraba nadie en aquellos momentos. Criados, amas de llave, jardineros, cocineros... se divertían con la representación.

La puerta de la habitación estaba cerrada, pero la mano enguantada se introdujo en el bolsillo de la chaqueta y extrajo una llave que penetró a la perfección en la cerradura que cedió con un sonoro clic.

El hombre cerró la puerta tras de sí, y se dispuso a buscar, sin desordenar nada, el objeto de su deseo.

Tras revolver y reordenar todos los cajones, en el doble fondo de una caja que contenía libros encontró lo que buscaba.

Sacó la brillante piedra de su funda y la guardó cerca de su pecho.

La cerradura volvió a sonar a su espalda con su característico sonido.

El intruso se asustó, dejó todo como estaba y se escondió tras una de las cortinas que ocultaba un gran ventanal.

Era una de las criadas; la reina tenía frío y había venido a por algo de abrigo.

Cuando la joven se hubo marchado, el desconocido ladrón quiso salir de su escondite, pero una de las argollas del portón de la ventana se le quedó enganchada en la capa, dio un fuerte tirón para desasirse y salió de la habitación a toda prisa.

Pasados unos instantes ya se encontraba de nuevo aplaudiendo la comedia.



**Tanto más fatiga el bien deseado cuanto más cerca está la esperanza de poseerlo.**

Días antes Romero y Carmelo disfrutaban de su libertad sin sospechar los negros nubarrones que se avecinaban.

La mañana era soleada y nada invitaba a la preocupación, estaban sumamente excitados con la inminencia de la representación que tendría lugar en el palacio del Buen Retiro.

Desde donde estaban sentados podían ver toda la villa de Madrid.

Los edificios sobresalían de la tierra como árboles sin hojas, armazones de diversos materiales creados para dar cobijo y comodidad a las personas.

Se adivinaban las estrechas y sinuosas calles que, cual tela de araña tejida con descuido, tenían su eje concéntrico en la plaza mayor.

La colina no era muy alta, pero superaba a la arboleda del bosque que descansaba en su ladera; estaba calva y despoblada, salvo por un pino que la coronaba.

A Romero y a Carmelo les encantaba ese paraje, siempre que podían se sentaban bajo el árbol con un buen libro en la mano y un magnífico bocadillo en las alforjas.

–Nos habíamos quedado en la noticia luctuosa del fallecimiento de Isabel.

El pobre maestro debió de pasarlo muy mal por aquella época.

–Pues eso no es nada, querido Carmelo –replicó Romero–, la vida de aquel al que Cervantes llamó «Monstruo de la naturaleza» todavía tendría que sufrir algún traspiés.

–Cuenta, cuenta, no me tenga usted en ascuas.

–Cumplidos los ocho años de destierro de la corte, regresa a Madrid.

Es juzgado por amancebamiento con la actriz viuda Antonia Trillo.

Posteriormente se casa con Juana de Guardo, una mujer poco agraciada físicamente, por lo que a Lope se le acusaría de casarse por dinero con ella.

De este matrimonio nacen Carlos Félix, y tres hijas más.

–Por fin parece estabilizarse –repuso Carmelo.

–Nada de eso, pronto se enamora de Micaela de Luján, Celia y Camila Lucinda en sus versos.

Una mujer muy bella, pero casada. De todas formas, tiene con ella cinco hijos; sus favoritos serán Marcela y Lope Félix.

Carmelo dejó inconscientemente de escuchar a su señor, el angelical rostro de Benita se le aparecía en cualquier florecilla, en las nubes e incluso en alguna ovejita perdida que pasó por el camino.

Esta última visión le hizo estremecerse en un escalofrío y despertar bruscamente de su ensoñación.

–¿Qué es lo que te ocurre últimamente que pareces más embobado de lo normal?

–Nada, nada, bueno sí, algo, algo.

–¿Te quieres aclarar de una vez que parece que recitas un trabalenguas?

–¿Se ha enamorado alguna vez maestro? –preguntó Carmelo con su sonrisa de bonachón en el rostro.

–Ya sé por dónde van los tiros, pillín. ¿Quién es la agraciada?, ¿la conozco?

–Si no es nadie, si casi no he hablado con ella todavía...

–No es nadie y no he hablado con ella son dos cosas.

–Ya le contaré más adelante si se concreta algo. Cuénteme usted su historia, si es que la hay.

A Romero se le ensombreció el gesto y la sonrisa le desapareció del rostro.

–Desde que tuve uso de razón andaba yo enamorado de una vecina, una niña morena de verdes ojos como esmeraldas y una mirada que te dejaba pasmado, tal como estás tú en estos momentos.

–¿Tanto se me nota?

–Cuando comenzamos a ser un poco más mayores nos enamoramos de verdad, y nos juramos amor eterno.

Nuestras familias profesaban una gran amistad y estaban realmente felices con la relación.

Fueron años maravillosos, la quería como a nada ni a nadie he querido en este mundo.

–¡Qué bonito, qué suerte tuvo usted!

–La suerte y el destino son algo que no podemos controlar, y cuanto más felices somos, más fácil es que todo se nos escape de las manos por entre los dedos, por más que apretemos los puños tratando de retener lo que tanto nos ha costado conseguir y tanto queremos.

–No me cuente que todo terminó mal, invéntese algo bonito.

Aunque es evidente que alguna desgracia tuvo que ocurrir, ya que ella no está ahora con nosotros.

–Sabías son tus palabras.

La negra sombra de la traición se cernió sobre nuestras cabezas.

Una semana antes de casarnos, un rico hombre la pidió en matrimonio a sus padres.

Su familia pasaba por muchos apuros económicos y aceptaron la propuesta, rompiéndose nuestro enlace.

Al principio pensamos en escapar juntos, pero ella era tan buena hija que no podía dejar en la estacada a unos padres que sin ella morirían en la miseria.

Tras muchas discusiones, ruegos y plegarias, así como deseos de que me tragase la tierra en aquellos momentos, terminé por aceptar mi mala suerte y mi oscuro destino.

Tuve que verla salir de la iglesia del brazo de un hombre que debería haber sido yo y con el mismo traje de novia que tenía que haber lucido conmigo.

–Y me apiado yo del maestro don Lope, usted también tiene lo suyo –se compadeció Carmelo.

–No termina aquí la historia.

La vida parece que intenta proporcionarte una segunda oportunidad.

Habían pasado años y ya casi no pensaba en ella.

Una mañana, sin esperarla, llamó a mi puerta.

Me contó que se habían trasladado a vivir con su marido fuera de la ciudad; eso explicaba el hecho de que no la hubiese vuelto a ver.

Ahora había vuelto de nuevo con sus padres, que ya eran muy ancianos y necesitaban de sus cuidados.

Para mi sorpresa, me confesó que se había quedado viuda en el transcurso del último año, una viuda inmensamente rica.

No vino a verme con anterioridad por mil motivos y excusas que me puso a lo largo de la conversación: su luto, la vergüenza por haberme abandonado, y un largo etcétera.

–¿Qué sucedió después?

–Después sucedió lo inevitable cuando dos personas se aman como nos amábamos nosotros, la chispa no tardó en encender la mecha y la mecha hizo explotar la pólvora.

La felicidad duró dos años, los más maravillosos que recuerdo.

–Se avecina tormenta, me temo.

–Recojamos entonces, ¿dónde ves las nubes?

–Me refiero a su historia.

–Cierto nuevamente, mi querido Sancho, perdón, Carmelo; no sé si te place el apelativo que te han puesto los muchachos de la compañía.

–No me place ni me «desplace», cuando lea la novela del insigne don Cervantes y conozca la catadura del tal Sancho le comentaré mi parecer.

–Me place a mí también tan atinado discurso.

Prosigo con mi historia.

Dije que fueron dos años felices, porque la negra guadaña de la muerte me la arrebató nuevamente de entre las manos.

Fue algo inesperado y súbito, nos acostamos a dormir por la noche y mi bello ángel no amaneció por la mañana.

–Imagino lo duro que debió de ser para usted.

-Desde entonces no hay rostro en el que no la vea, ni flor en que no huela su aroma, ni libro en que no la lea. Siempre me acompaña, y aunque la gente me ve solo, nunca se va de mi cabeza.

-Por cierto, a usted los muchachos le llaman don Quijote.

-Bellacos y malandrines, ya verán cuando me los eche a la cara.

Ambos rieron a carcajadas y sin decir nada más aceptaron sus mote y sus vidas. Nada estaba en sus manos para alterarlos.

**La libertad es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.**

Su majestad la reina se dispuso a cambiarse de ropa para descansar en su aposento tras la representación.

Cogió la gran piedra falsa que colgaba atada de una cadena de oro que rodeaba su cuello, abrió con llave uno de los cajones y de un falso fondo sacó una cajita de madera.

Otra llave le permitió acceder al objeto tan recóndita y secretamente guardado.

La palidez de su rostro se volvió extrema cuando vio el hueco donde debería haber hallado el preciado diamante.

Llamó inmediatamente a sus criados y les ordenó que diesen la voz de alarma.

Instantes después el mismo arzobispo y Tormaqueda se presentaron ante la gran dama para tratar de averiguar qué había ocurrido.

–Me han robado.

–¿De qué se trata? –preguntó Juan Tormaqueda.

–De un gran diamante que tenía escondido en esta caja.

–¿Se refiere su excelencia a esa piedra que descansa sobre la colcha de su cama? –inquirió Supini.

–¿Usted me toma por imbécil?

–Nada más lejos de mi intención.

–Esta es una reproducción falsa, la suelo llevar en público cuando la seguridad no es muy elevada y temo que me la roben.

–Tenemos que suponer –manifestó Tormaqueda– que alguien conocía la existencia de este truco y aprovechando la soledad de la habitación ha robado el auténtico.

–Es usted todo un portento de la investigación.

Hasta aquí llega un niño pequeño.

Espero que aparezca mi diamante lo antes posible o aténganse a las consecuencias.

El arzobispo ordenó cerrar las puertas del palacio y retener a todos los asistentes a la obra de teatro.

Durante un largo espacio de tiempo el arzobispo y Tormaqueda permanecieron encerrados en la biblioteca, tenían que pensar en la forma de proceder para intentar esclarecer lo ocurrido.

-Deja que el público se marche y encierra a los actores en las mazmorras secretas que hay bajo el palacio.

-A sus órdenes.

-Quiero que encargues la investigación al hombre con menos experiencia de aquellos que tienes bajo tu mando.

-Tengo al individuo perfecto -finalizó Tormaqueda.

**No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales.**

Las paredes eran lúgubres y oscuras, la humedad se concentraba en gotas de agua que terminaban formando auténticos chorros que no cesaban de rellenar los charcos que se acumulaban en el suelo.

Hacía un frío extremo y la única luz que alumbraba aquella caverna procedía de dos candiles de aceite que parpadeaban como si se fuesen a apagar de un momento a otro.

Las rejas de las celdas estaban manchadas de grasa y los inquilinos no podían ni agarrarse para descansar sobre ellas.

En el suelo, una manta sobre escasas pajas y un orinal para hacer las necesidades.

Un pasillo central separaba las dos filas de prisioneros encerrados, de forma que solamente podían ver a quienes estaban encerrados enfrente.

Carmelo podía escuchar las voces y las risas de los soldados que los custodiaban en el salón aledaño a la prisión.

Por sus comentarios se infería que estaban jugando a las cartas.

A él, por el contrario, solamente le apetecía llorar; no dejaba de mirar a Romero y preguntarle con gestos, sin atreverse a hablar.

Romero callaba, se acurrucaba contra la pared y se tapaba la cabeza con las manos. María y Pedro se intercambiaban miradas tristes sin comprender nada de lo que ocurría.

–¿Miguel, estás aquí? –preguntó María.

El sobrino de Lope no había sido conducido a los calabozos, el mismo arzobispo en persona se encargó de su amnistía.

Uno a uno fueron diciendo sus nombres para que todos tuviesen idea de quienes se encontraban encerrados; pronto se dieron cuenta de que estaba la compañía entera, excepto Miguel.

Sonaron las cadenas y los cerrojos de la puerta.

El silencio se hizo de pronto y cedió al chirriar de las bisagras.

Unos pasos se acercaron en la oscuridad hasta que Tormaqueda se hizo visible ante la mirada de los allí encerrados.

–El diamante de la reina ha sido robado, tenemos perfectamente claro que ha sido uno de vosotros.

Si el culpable confiesa, los demás seréis puestos en libertad de inmediato.

Ateneos a las consecuencias si me hacéis perder el tiempo.

El hombre vestido de negro regresó por donde había venido, ruido de bisagras, cerrojos y cadenas, y de nuevo el silencio.

Horas después Tormaqueda recibió en su despacho a Román.

-Toma asiento, querido amigo.

-Gracias, señor.

-El caso que tanto esperábamos ha llegado.

Vas a encargarte de la investigación de la desaparición del diamante de la reina.

-Pero no tengo experiencia en investigaciones por robo.

-Es hora de que tomes las riendas y te conviertas en un hombre.

No tienes nada por lo que preocuparte, entrevístate con ellos, libera a los que colaboren o delaten a cualquier compañero, azota delante de todos los demás al que se muestre más orgulloso, y elige a un responsable.

Es indiferente que sea inocente o culpable, señálalo y quítate el caso cuanto antes de encima.

-¿Pero y el diamante, no tengo que encontrarlo?

-¡Márchate y no hagas más preguntas!

Creo que he hablado bastante claro, hasta para un memo como tú.



**No hay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que la muerte no consuma.**

Román despertó en mitad de la noche, había tenido un sueño muy extraño relacionado con el caso que le habían encargado investigar.

En la ensoñación mantenía una conversación con su reflejo en un espejo.

La imagen era idéntica al modelo real, sin embargo, su forma de pensar era completamente distinta.

Abrió los ojos y encendió una vela, tenía la sensación de ser un impostor.

Salió de la habitación y recorrió los pasillos en penumbra, su única indumentaria era un camisón blanco.

Si su jefe lo veía de aquella guisa..., no quería ni pensar el castigo que le impondría, carrera continua durante horas y ejercicios físicos hasta llegar a la extenuación como poco.

Quitó el precinto de la puerta y la abrió con sumo cuidado.

Una vez dentro, encendió todos los candelabros para poder ver los detalles de la escena del robo a la perfección.

Sabía perfectamente que no le habían encargado nada de aquello, pero se sentía en la obligación de actuar con la mayor rectitud que le dictase su conciencia.

Examinó con meticulosidad el cajón donde se hallaba guardada la caja en cuyo interior debería haber estado la gran piedra preciosa.

De allí no sacaría nada, el ladrón había sido muy limpio, se trataba sin duda de un profesional.

Comenzó a dar vueltas por la estancia, pasó la mano por todas las paredes como esperando que estas le susurrasen alguna confesión, descorrió las cortinas de los grandes ventanales y se dispuso a abrirlas para comprobar si el intruso había accedido a la habitación escalando la fachada.

Entonces encontró un trozo de tela negra enganchado en una de las trabillas que mantenían cerrados los portones.

Lo encerró con fuerza en el puño de la mano derecha y se olvidó de asomarse a la ventana.

Abandonó el lugar de forma apresurada y regresó a su lecho sin hacer ningún ruido.

Cuando estuvo en el despacho de Tormaqueda aquella misma tarde, no pudo evitar fijarse en un pequeño desgarró que desentonaba en su siempre inmaculada capa negra.

Román siguió soñando con monstruos y fantasmas.

Se veía a sí mismo raptado por terribles hombres, pero momentos después era él quien derramaba sangre inocente.

Desde que mató salvajemente a aquel hombre su conciencia no había tenido descanso.

Aquello no estaba hecho a la medida de alguien como él.

**Pero el pícaro escudero, que sabía que el encantamiento de Dulcinea era mentira, como le dolían los golpes empezó a dar latigazos a los árboles y no a su espalda.**

A la mañana siguiente y casi sin haber pegado ojo –despertó multitud de veces entre pesadilla y pesadilla envuelto en sudor–, se vistió despacio, tomó algo de fruta al paso para desayunar y bajó a la salita donde los soldados custodiaban a los presos.

Tormaqueda permanecía sentado con los pies sobre la mesa.

–Hoy es tu gran día, entra en la pocilga, elige a un cerdo y ábrele las carnes con el látigo hasta que confiese su delito o nos dé un culpable.

Quiero escuchar sus gritos desde aquí.

Los cerrojos cedieron con su insoportable sonido, en el interior todo estaba oscuro y en silencio.

Examinó con la mirada, y a la débil luz de una vela, el lamentable estado en el que se encontraban los prisioneros.

En el interior de su cabeza luchaban el sentimiento del deber, inculcado por Tormaqueda desde que era pequeño y un creciente deseo que se abría camino en su pecho, el de hacer lo correcto.

Retirarse de la investigación no serviría para nada, él recibiría un severo castigo por indisciplina y seguro que los actores recibirían un peor trato por parte de cualquier otro que les hubiese tocado en suerte en la investigación.

Tirado sobre la manta en una de las celdas estaba el gracioso de la comedia, le recordó mucho al personaje de un libro que había leído recientemente.

Una genial idea se le vino a la cabeza.

En uno de los episodios de *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* el escudero Sancho estaba obligado a propinarse una gran cantidad de azotes para así poder romper el encantamiento que pesaba sobre la amada de su señor, la sin par Dulcinea del Toboso.

El astuto escudero, que sentía un gran amor por su persona y además tenía intolerancia al dolor físico, ideó fingir la azotaina.

Golpeaba con la fusta el tronco de los árboles mientras gritaba y lloraba de dolor haciendo creer a don Quijote que estaba cumpliendo fielmente su penitencia.

Román abrió la celda de Carmelo, le ordenó ponerse en pie y lo llevó a un rincón oscuro donde nadie podía verlos.

Acercó sus labios a la oreja del atemorizado actor y le susurró:

-No temas, no te haré ningún daño si haces lo que te digo, y de esto ni una palabra a nadie o te sacaré la piel a tiras.

Román comenzó a dar latigazos al suelo y a la pared, cada vez que el látigo silbaba por el aire y descargaba el seco golpe, Carmelo gritaba de dolor como si le estuviesen sacando las entrañas por la boca.

Decidió descansar un rato y tomar un refresco con sus compañeros en el salón.

-¿Has conseguido algún avance? -le preguntó Tormaqueda nada más verlo entrar por la puerta.

-De momento nada, señor.

-Ya te he dicho que no quiero que se alargue el proceso.

-Sí, señor, de inmediato comenzaré los interrogatorios individuales, seguro que alguno incurre en un error y lo cazamos.

-Ya, ya, tiempo perdido, pero es el tuyo. Ya sabes que cobrarás lo mismo si resuelves el caso en un día o en un mes.

-Permítame hacerlo a mi manera, señor.

-Aquí no hay formas ni maneras distintas a las del mérito de caballería secreta al servicio de su ilustrísima señoría el arzobispo Supini, que además se supeditan a las de la Santísima Inquisición.

Pero de todas formas eres libre de actuar como gustes; es tu caso, no me defraudes.

## **Al bien hacer jamás le falta premio.**

Despuntaba el alba, sin embargo los prisioneros no podían conocer el momento del día si no era por el canto de algún gallo que despedía la noche desde las tapias de los corrales próximos al palacio.

María había pasado una mala noche, tenía un sentimiento de ira y coraje en su interior que, mezclado con la rabia interna que le arañaba el alma desde pequeña, hacían de la estancia en la prisión algo insoportable.

Por momentos creía perder la cabeza, se sentía débil por la falta de alimento y de sueño.

Pedro era el que mejor llevaba el encierro; su única preocupación era el estado de María.

Sospechaba que lo estaba pasando muy mal y no dejaba de preguntarle por su estado y de prometerle que saldrían pronto de allí, no en vano eran inocentes.

A pesar de encontrarse desorientado y muy apesadumbrado, Romero era el que aparentaba sentirse mejor.

No paraba de contar historias para tener entretenidos a los maltrechos actores, incluso recitaba poemas de Lope, o fragmentos enteros memorizados de sus obras.

Lo hacía por todos, pero en especial por Carmelo, al que suponía muy castigado psicológicamente después de los acontecimientos que se habían ido sumando desde semanas atrás. Más ahora que comenzaba a enamorarse.

Carmelo entretenía la espera con las historias de su señor, pero sobre todo, pensaba en Benita.

¿Qué pasaría por la cabeza de ella?

Seguro que los confundía con vulgares ladrones, ya no querría saber más de él. La pena lo consumía por dentro.

De cuando en cuando dejaba volar su imaginación, soñaba que tenían una bonita casa rodeada de flores, con un huerto cultivado con amor por la pareja.

Ya eran viejecitos y se querían como el primer día, tanto como a sus cinco hijos, dos niñas y tres niños.

El cerrojo de la puerta lo sacó de su ensoñación.

–Visita para el señor Carmelo –gritó el vigilante desde la puerta.

Unos pasos de mujer se aproximaron alumbrados por un pequeño candil.

La chica fue mirando asustadiza el interior de cada una de las celdas, hasta que encontró a quién buscaba.

-Hola, Carmelo -saludó Benita.

-Hola, hola -respondió con dificultad y asombro nuestro buen hombre saliendo de la oscuridad y dejándose ver en la penumbra.

-¿Cómo os encontráis?

-Te puedes hacer una idea, acusados injustamente y sin saber si nos van a ajusticiar o si veremos algún día la luz del sol.

-¿Puedo hacer algo por vosotros?

-Reza lo que sepas.

-Así lo haré, de todas formas en esta cesta he traído algo de fruta y unos bollos de pan para que los repartáis.

-Eres un ángel personificado, mil gracias.

-La visita ha terminado -volvió a gritar el carcelero desde la entrada.

En aquel mismo momento entró Román, hizo colocar una pequeña mesa bien iluminada al comienzo del pasillo y procedió a interrogar a cada uno de los prisioneros.

El carcelero los fue sacando de uno en uno.

La forma de proceder se repitió con todos ellos, tomaron asiento y fueron respondiendo a todas las preguntas que traía Román preparadas.

Tomó cumplida nota de cada una de las respuestas y terminó rellenando los informes de forma impecable y profesional.

La última celda que se abrió fue la de María.

La chica se encontraba muy pálida, incluso el carcelero tuvo que ayudarla a recorrer el camino hasta la silla.

-¿Nombre?

-María

-María... ¿qué?

-María nada, soy huérfana.

Román observó algo familiar en aquella joven, la había visto actuar en multitud de ocasiones, pero nunca la había tenido tan cerca.

Sintió calor, se aflojó los botones de la camisa.

María lo miró horrorizada, el color de su rostro cambió de pálido a amarillo y de repente se desvaneció, cayéndose de la silla y dando con sus huesos en el suelo.

## **En mucho más se ha de estimar un diente que un diamante.**

A la mañana siguiente Román se levantó temprano, quería realizar una visita, aunque su propósito era tener acceso a una habitación.

Llamó a la puerta, el arzobispo estaba despierto, pero permanecía en la cama leyendo un libro.

–Adelante.

El joven investigador hizo una reverencia.

–Quería exponerle los pormenores del caso del diamante y comentarle el punto en que se encuentra la investigación.

–Excelente. Le escucho, tome asiento.

Román recorrió la habitación con la vista mientras relataba a su ilustrísima sus avances policiales.

Le llamó profundamente la atención una prenda de ropa interior femenina de color rojo que descansaba sobre la alfombra a la orilla de la cama.

Cuando hubo terminado su informe, pidió permiso para abandonar los aposentos.

–Puedes marcharte, buen trabajo.

Román se dirigió a su habitación a toda prisa, cogió papel y lápiz y se sentó en su escritorio.

Era un buen dibujante, cerró los ojos y comenzó a recordar cada uno de los muebles que había visto en la habitación del arzobispo, posteriormente los plasmó con maestría sobre los amarillentos pergaminos.

Una obra de arte, se dijo para sí mismo una vez terminados los bocetos.

Envolvió los papeles en forma de canuto y les puso un lazo azul en el centro para mantenerlos cerrados, sacó la espada de su vaina e introdujo los dibujos en ella.

La fábrica de muebles se encontraba a las afueras de la ciudad.

No le costó mucho encontrarla, se había informado bien de cómo llegar.

Además sabía perfectamente qué clase de muebles se fabricaba en ella, los mismos de los que se abastecían príncipes y ministros, nobles y, por supuesto, el arzobispo.

–¿En qué puedo servirle, caballero? –preguntó el encargado de forma muy cortés.

–He mandado construir una casa y desearía elegir los muebles.

–Ha venido usted al lugar preciso.

Román sacó los bocetos y se los mostró al ebanista.

–Le pediría discreción absoluta ante lo que voy a preguntarle.

–Puede usted confiar plenamente en mí.

–Me gustaría que los muebles tuviesen algún escondite secreto para guardar mis cosas y que no estén a la vista de cualquier curioso.

El maestro carpintero le fue enseñando uno a uno los cajones con doble fondo, las pequeñas puertas giratorias, los huecos invisibles entre las maderas y un sinfín de inventos que permitían esconder todo tipo de objetos, desde joyas hasta monedas, pasando por documentos prohibidos.

Aquella noche la pasó en vela ideando el modo para entrar en el dormitorio del arzobispo sin ser visto.

En cuanto el sueño lo vencía, volvían las pesadillas a empaparlo en sudor y a despertarlo con el corazón alterado.

Soñaba con María, la joven actriz.

Con su rostro horrorizado previo al desvanecimiento, también con la cabeza de aquel infeliz campesino a quien segó la vida sin piedad.

Aquella cabeza lo perseguía, dormido y despierto, le hablaba en sueños y le susurraba en vela.

Se vio obligado a levantarse varias veces y a pasear por su estancia como un loco sin destino.

Se asomó por la ventana varias veces y admiró el cielo estrellado.

La brisa de la noche parecía calmar el espíritu y sosegar el alma atormentada.

Se tendió en la cama para descansar.

Ya tenía calculados los pasos a seguir durante la siguiente jornada.

Entrar en la habitación del arzobispo, interesarse por el estado de salud de la joven actriz, y finalmente, el más importante y principal de todos: entrevistarse con la reina.



**Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.**

Román ordenó disponer una sala con una mesa para dos comensales, tenía previsto dar una sorpresa a alguien, no sospechaba que el sorprendido sería él.

En las cloacas del palacio volvieron a rugir los cerrojos, pestillos y cadenas de la puerta de acceso a los calabozos.

Era Miguel.

Ninguno de sus antiguos compañeros se dignó a mirarlo, estaban sumamente dolidos y como nadie les había dado ninguna explicación creían que él tenía algo que ver en este turbio asunto.

–He venido a pedirlos perdón por no estar aquí entre vosotros.

Yo no tengo la culpa, el arzobispo me dejó en libertad para no enojar a mi tío.

María no tenía ni fuerzas para odiarlo, si hubiese sido otro el escenario, aquel niño se habría llevado un par de buenos bofetones.

–¿Dónde está Lope?, ¿cuál es el motivo por el que nos ha abandonado en esta lóbrega pocilga? –se escuchó desde el fondo de una de las celdas.

–Mi tío está de viaje por Italia, no tiene conocimiento de lo sucedido.

He enviado a un mensajero para que le haga llegar la noticia lo antes posible.

Seguro que el arzobispo ha aprovechado su ausencia para planear vuestra detención.

Hasta un tonto como yo sabe que sois inocentes.

–La visita ha terminado –gritó el carcelero.

Miguel se cruzó en su salida con un soldado que se dirigía con un juego de grandes llaves a abrir una de las rejas.

Cogió del brazo a María y la ayudó a salir de la prisión.

Fuera los esperaba una mujer de gran tamaño y aspecto masculino.

Condujo a la chica de pelo rubio hasta una de las habitaciones del palacio y casi la obligó a desnudarse para introducirla por la fuerza en una espumosa y perfumada bañera.

Tras el baño les esperaban tendidos en la cama unos ricos ropajes de finas telas importadas de las colonias de ultramar.

La belleza de María iluminó la sala.

Román se levantó mientras ella tomaba asiento frente a él en la mesa.

Había fruta, una gran jarra de zumo, tostadas y algunos bizcochos bañados en miel, sin duda un desayuno propio de reyes.

–¿Cómo te encuentras? –se interesó Román.

–Estaría mucho mejor en mi casa, respondió ella sin disimular su rencor.

–Quiero disculparme por esta desafortunada situación, tengo que anunciarte que no durará mucho más, estoy a punto de resolver el caso y saldréis libres en poco tiempo.

–¿Y la vergüenza, el descrédito y la tortura a la que estamos siendo sometidos quién va a repararla?

Román permaneció en silencio con signos de visible pesadumbre en su rostro.

–Yo también quiero comentarte algo importante.

–Pero come antes, recupera algo de fuerzas, por favor.

María comenzó a comer casi sin apetito, el disgusto y la inanición sufrida durante los terribles días que llevaba encerrada no le permitían gozar de los exquisitos manjares dispuestos en la mesa.

–¿Tienes padres? –preguntó María.

–Tormaqueda es como un padre para mí, me ha cuidado como a un hijo desde que tengo memoria.

–¿Y los naturales?

–Me contó que murieron de una grave enfermedad y él se hizo cargo de mi educación y de mi cuidado.

–¿Puedo saber qué interés tienes en conocer mi pasado?

–Ten paciencia que lo vas a saber –respondió ella–. ¿Cómo ha sido tu vida bajo su custodia?

–La verdad es que no me puedo quejar, me ha formado como a un auténtico caballero y creo que ha pulido mi carácter para que sea fuerte y pueda afrontar los peligros de la vida lo mejor posible.

–¿Podrías decir que has sido feliz hasta el momento?

–No –respondió con rotundidad.

–Pensé que estabas muy orgulloso de ser un fornido caballero.

–He tenido que hacer cosas terribles bajo las órdenes de Tormaqueda y he visto cómo obligaban a mis compañeros a realizar actos violentos a los que creo que no puede acostumbrarse una persona por mucho que quiera aparentar normalidad.

Bueno, quizá Tormaqueda se haya convertido en un hombre así, frío y sin sentimientos.

No entiendo cómo los soldados bajo sus órdenes pueden dormir por las noches; yo no puedo apenas descansar sin que me asalten terribles pesadillas y me despierte alterado y envuelto en sudor.

–Te has ganado la verdad, prepárate.

¿Recuerdas el día que me interrogaste en los calabozos?

–Sí, cuando te desmayaste.

–El motivo de mi desvanecimiento no fue la falta de alimento y de descanso provocados por el encierro.

–Tú dirás entonces.

–La causa la provocó la mancha de nacimiento que tienes en el cuello.

–¿Esta cruz rojiza que asoma de mi pecho?

–Eres mi hermano y tu verdadero nombre es Salvador.

–No entiendo nada de lo que me dices, ¿qué absurda estratagema es esta?

Ya te he dicho que os voy a liberar, no necesitas inventarte una cosa así.

María le contó la historia completa.

Un día de representación, Tormaqueda y los suyos habían irrumpido por la fuerza en la pequeña casita de sus padres, ella escondida había visto cómo los asesinaban de forma cruel y se llevaban a su hermanito pequeño.

La señal de nacimiento era inconfundible, Román era demasiado pequeño para recordar aquella cruenta escena, pero en ella había quedado marcada para toda la vida.

–Llevo buscándote desde entonces.

Tengo que agradecer a la familia de actores que me acogiesen y me cuidasen.

En especial a los padres de Pedro, que permanece allí abajo encerrado sin motivo; ellos me trataron como a una hija y él como a una hermana.

Ahora mismo ese chico es a quién más quiero en este mundo, siempre ha estado a mi lado y puedo jurar que daría la vida por mí si fuese necesario.

Por desgracia, y aunque no sea culpa tuya, no puedo decir lo mismo de mi verdadero hermano.

Román tuvo que beber varios tragos de zumo, se levantó y revolvió en los armarios de la habitación hasta que encontró una botella de vino.

Empinó el codo hasta casi apurar la última gota; no paró hasta que sintió que se recuperaba de la noticia.

–No conocía tu afición a la bebida –le comentó burlona.

–Es la primera vez que bebo en mi vida.

Tras la primera sensación de recuperación, Román sintió que se mareaba, se aflojó los botones de la camisa y comenzó a sentir un calor tremendo.

Miró la cama y dudó si llegaría a ella antes de caer redondo.

María no sabía si socorrerlo o tratar de escapar.

Lo miró con dulzura, le quitó las botas y lo arropó con una manta para que no se enfriara cuando se le enfriase la borrachera.

Después llamó a la enorme mujer que la esperaba a la salida de la habitación y le contó lo sucedido.

–Por favor, no le cuentes a Tormaqueda lo sucedido; es casi un niño, y si se entera, el castigo puede ser muy severo.

La celadora no contestó nada mientras la conducía, meditando en silencio, de nuevo hasta su celda.

Román despertó aturdido y con un terrible dolor de cabeza.

¿Qué había sucedido?, ¿dónde estaba la chica?, ¿se habría escapado?

Pensó que su vida había terminado en aquellos momentos, en cuanto Tormaqueda se enterase de lo sucedido se podía dar por muerto o en el mejor de los casos lo desterraría de por vida de la capital.

¿Cuánto tiempo habría pasado?

Tenía muchas cosas previstas para aquella jornada y no había hecho nada. Al menos había dormido, pero no tenía sensación ninguna de descanso.

Le tranquilizó saber que María estaba en la celda y que su carcelera no pretendía contar nada de lo sucedido; bien es verdad que tuvo que darle algunos dineros a cambio.

La mañana estaba perdida, pero podría aprovechar la tarde para realizar los asuntos previstos y que eran de crucial importancia para el desenlace del caso.

## **No es oro todo lo que reluce.**

Su majestad lo recibió en un amplio salón de estilo barroco; las molduras se retorcían en curvas interminables; gran cantidad de pinturas al óleo colgaban de las paredes e incluso descansaban en caballetes de madera; la ornamentación caía en cascada de techos, paredes y ventanales, y un sinfín de estatuillas completaban un recargado ambiente.

–Siéntese y cuénteme. ¿Ha avanzado usted en las investigaciones?

–Creo que van por buen camino y en breve descubriré al ladrón de su diamante.

–Me alegro, será usted recompensado por su pericia.

–Necesito que me ayude a tenderle una pequeña trampa al delincuente.

–Todo lo que usted pida y esté en mis manos le será concedido –aseguró la gran dama.

–Solamente necesito que me preste el diamante falso y mañana mismo tendrá en sus manos el verdadero –repuso Román.

–No me parece mal cambio en absoluto.

Se despidieron de forma muy cortés y, sin perder más tiempo, Román se dirigió a su siguiente destino.

Sabía que el arzobispo estaba visitando algunas iglesias de las afueras de Madrid; la oportunidad de colarse en su habitación se presentaba única.

Entró en el palacio sin prisas para no levantar sospecha, pero sin pausa.

Como ya sospechaba, había un guardia personal de su eminencia custodiando la entrada.

Aquella misma mañana había pagado a una de las doncellas para que dejase abierto el pestillo de uno de los portones de los ventanales que daban al jardín.

Por tanto, tuvo que rodear los pasillos para acceder a la habitación trepando hasta el balconcito del aposento del arzobispo.

Una vez dentro, tenía que proceder con sigilo, cualquier ruido alertaría al guardia y su plan se iría al traste.

Sacó los dibujos de los muebles del interior de su bolsa de cuero.

El carpintero le había indicado dónde se situaban los escondites y cajones secretos, y él había marcado con una cruz los lugares en sus bocetos.

Registró todos y cada uno de los recovecos de aquellos robustos armarios de madera, miró bajo la gran mesa del escritorio, movió todos los libros que descansaban en las estanterías, y finalmente se dio por vencido, no encontró la piedra deseada.

Sin embargo hizo un interesante descubrimiento.

Al mover uno de los libros, la estantería se abrió para dar acceso a un pasadizo secreto, se asomó para ver hasta dónde conducía, pero tuvo que regresar sobre sus pasos, aquel pasillo era muy oscuro y temía ser descubierto si encendía alguna vela para iluminarse.

Se sentó a meditar preso de la desesperación.

Piensa y cálmate, se dijo.

Era un chico muy inteligente y bajo presión su cerebro funcionaba a las mil maravillas. Comenzó a observar las paredes, el techo, las lámparas, las ventanas.

¡Las ventanas!

Detrás de una de las cortinas de la estancia no había ningún ventanal, había un hueco, quizá un antiguo mirador ahora tapiado.

Allí estaba precisamente el archivador del que le había estado hablando el maestro ebanista, la última adquisición del arzobispo.

Ya sabía exactamente dónde estaba el falso fondo, solo tuvo que abrirlo con cuidado, dejar el diamante de pega en el interior y llevarse el verdadero metido en su zurrón.

**Después que me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos.**

Román volvió a pasar la noche en vela, sentía gran excitación; el caso del diamante estaba a punto de resolverse.

No podía quitarse de la cabeza las palabras de María, ¿sería cierto todo lo que le había contado?

De ser así, Tormaqueda, al que veneraba como a un padre, era el asesino de sus verdaderos padres.

¿Qué motivos tendría para secuestrar a un niño pequeño y matar a unos pobres actores?

Ya había escuchado rumores.

Las milicias y los caballeros negros eran facciones al servicio de la Inquisición y muchos de los chavales que eran adiestrados para ello, seguramente habrían sido secuestrados o arrancados de los brazos de sus padres a una edad muy temprana para que no pudiesen recordar nada de su pasado.

Con esta forma de actuar se aseguraban la fidelidad eterna por parte de aquellos muchachos que se convertirían en auténticos guerreros adiestrados a la perfección para la causa.

Él había sido un instrumento más para sus viles intenciones, una marioneta creada para matar.

Volvió a sentirse completamente arrepentido por todas sus acciones del pasado, los saqueos, las palizas y torturas a personas inocentes, e incluso el asesinato.

Había matado a un hombre, aquella mancha no se borraría de su corazón en la vida.

Le tranquilizó algo pensar que podría liberar a los actores, e imaginó que el arzobispo y Tormaqueda se llevarían su merecido algún día.

Se propuso ganarse la confianza de su hermana y, quizá, aquella gran familia que la cuidaba algún día podría perdonarlo y convertirlo en uno más.

Se quedó levemente dormido saboreando aquellos dulces pensamientos: una familia de verdad.

Aquella misma mañana regresó al palacio de la reina y cumplió lo prometido, le devolvió el diamante y le contó la historia completa de sus averiguaciones.

La pista que le condujo al diamante fue el trocito de tela negra enganchado en la ventana de la habitación donde se produjo el robo.

Coincidía con un jirón de la capa de Tormaqueda que, por casualidad, vio el mismo día que le encargaron el caso.

La capa no volvió a verla más; aquella misma tarde ya se había comprado otra y supuso que su jefe había quemado la anterior.

Sabía perfectamente que la detención de los actores era una tapadera, aquella gente no cometería un delito semejante y menos contra su majestad.

El arzobispo y Tormaqueda estaban muy interesados en que un chivo expiatorio cargase con las culpas cuanto antes y salir del paso sin levantar mucha polvareda. Investigó sobre los secretos escondrijos de los muebles del palacio, en concreto de los de la habitación de Supini.

Supuso que la mano ejecutora del robo había sido Tormaqueda, además había observado cómo se ausentaba unos instantes la noche de la representación sin decir nada a nadie.

Sin embargo, actuaba bajo las órdenes del arzobispo; el diamante tenía que estar en sus aposentos.

El plan era sencillo, encargaron el caso al más novato de sus hombres –yo en este caso–, con la seguridad de que obedecería sin rechistar, señalaría a un culpable sin hacer mucho ruido y asunto resuelto.

Bien es verdad que en sus pensamientos nunca estuvo devolver el diamante, simplemente ajusticiar al culpable.

La reina no podía disimular su satisfacción al escuchar al muchacho.

–Pídeme lo que quieras, es tuyo.

–Me gustaría que ordenase usted la liberación de los inocentes actores que se encuentran reclusos en los calabozos.

–Esta tarde tengo que atender un asunto que no admite demora, pero te prometo que mañana a primera hora visitaré al arzobispo, le comunicaré que he recuperado el diamante y liberaré a los presos.

–Tenemos que pensar en las consecuencias que tendrá la solución del caso –se preocupó Román.

–Procederé con suma discreción, y trataré de que salgas indemne de todo este asunto. El arzobispo es un hombre muy poderoso y no podemos acusarlo –comentó la reina–.

Creo que será mejor que diga que he encontrado el diamante entre mis cosas y pida perdón a todo el mundo por las molestias causadas.

Además anunciaré una indemnización para los actores.

–Creo que es una sabia decisión, majestad.

–Antes no has pedido algo para ti, ¿quieres dinero, alguna posesión, tierras...?



–De momento no necesito nada, pero si su magnanimidad me lo permite, me reservo el pedirle un favor en el futuro.

–Si me dices de qué se trata... No puedes dejarme con la intriga...

–Es evidente que no puedo seguir trabajando para estos delincuentes, pero sé que es prácticamente imposible dejar de hacerlo, y menos ahora; atarían cabos y sabrían inmediatamente qué ha sucedido, y más cuando el arzobispo encuentre el diamante falso.

Mi deseo es trabajar para su majestad en el futuro, convertirme en un hombre de bien y purgar mis pecados con acciones justas.

–Cuenta con ello.

En cuanto se enfríe el caso del diamante, solicitaré personalmente tus servicios y el arzobispo no podrá negarse.

–Otra cosa más, creo que entre los actores está mi verdadera hermana, no he tenido conocimiento de ello hasta ayer mismo.

–¿Cómo es posible?

–Parece ser que fui secuestrado por Tormaqueda cuando era pequeño; mi hermana presencié también el cruento asesinato de mis padres escondida en un rincón.

Me ha reconocido gracias a esta marca de nacimiento que tengo en el cuello –Román se aflojó los cordones de la camisa para mostrar a la reina la cruz que se dibujaba en su cuerpo, donde termina el cuello y comienza el pecho.

–No te preocupes, tu hermana y su compañía gozarán del favor real desde este mismo instante.

Una vez se hubo marchado Román, la reina cambió el gesto, desapareció la sonrisa de su rostro y una mueca sombría reflejó la ira que alojaba en su interior hacia el arzobispo Supini.

El exceso de poder que albergaba ese hombre estaba llegando a límites intolerables.

Arropado por la Iglesia y por la Inquisición llevaba a cabo y cometía toda clase de atropellos; además estaba segura de que sus pretensiones superaban el ámbito religioso.

Tenía que encontrar la forma de quitarlo de en medio.

El robo del diamante sería una buena forma de desacreditarlo, pero le había prometido a aquel joven que no lo delataría.

Si denunciaba el asunto, Román se vería salpicado y su vida podría correr serio peligro.

Tenía que pensar en otra fórmula para eliminar a aquel elemento pernicioso que se había convertido en una seria amenaza tanto política como religiosa.

## **La guerra, así como es madrastra de los cobardes, es la madre de los valientes.**

Sonaba en el exterior el ensordecedor ruido de los cañones al ser disparados, el silbido de las enormes bolas de hierro que surcaban el aire buscando su objetivo y el temblor de tierra cuando lo alcanzaban se dejaba sentir bajo los pies.

Se escuchaban los disparos de los trabucos, los mosquetes y todo tipo de armas de fuego.

Algunas veces, las menos, se cruzaban las espadas en la lucha cuerpo a cuerpo.

Sebastián permanecía acurrucado en la trinchera, muerto de miedo, con un nudo en el estómago que le dificultaba comer la porquería de rancho al que tenía derecho una vez al día.

Cuando presentía una bala de cañón volando sobre su cabeza con destino incierto, un cosquilleo le subía desde el estómago y un terrible temblor se apoderaba de su cuerpo a la vez que rugía la tierra al recibir en su seno el proyectil que dejaba como recuerdo un enorme cráter.

Se acordaba cada segundo de su prometida Lucía, se alistó en el ejército para poder casarse con ella.

Cuando consiguiese el dinero suficiente volvería a Madrid y comprarían una pequeña casita en la que podrían envejecer juntos.

Pero todo aquello se convirtió en una quimera; el dinero prometido nunca llegaba, las arcas de la hacienda pública estaban vacías y Sebastián había decidido desertar en cuanto tuviese ocasión.

Ya se las apañaría trabajando en cualquier cosa, lo importante era estar con su amada, todo aquello había sido un error y una locura.

La guerra no estaba hecha para un espíritu tan sensible como el suyo, él era poeta, pero todo el mundo sabía que de la escritura no se comía en aquellos miserables y oscuros tiempos.

Se ganaría el pan con sus manos, era joven y fuerte, además el amor de Lucía lo alentaría para lograr salir adelante.

Le estaba escribiendo una carta a su amor.

Le contaba que volvería muy pronto, con paz o sin ella; él tenía decidido volver, y sabía que ella estaría de acuerdo, nunca quiso que se aventurase en aquella locura.

También le explicaba que no podría pasar más tiempo separado de ella, que la quería con pasión y le anticipaba cuán felices serían cuando regresase.

No sabía si entendería la letra, ni su brazo ni su mano obedecían a su cerebro, no podía dejar de temblar a causa del frío y del miedo.

Las trincheras estaban llenas de charcos de agua y la humedad se filtraba por las paredes de tierra.

Una tremenda explosión lo obligó a dejar de escribir.

Unos metros a su derecha una bala de mortero había arrojado a algunos de sus compañeros bajo arena, piedras y escombros, aquel pasillo de la trinchera desapareció de su vista; las voces y los gritos se sucedieron en pocos instantes, todos sus compañeros se apresuraron para intentar desenterrar a las víctimas.

**Aún entre los demonios hay algunos peores que otros, y entre muchos malos hombres suele haber alguno bueno.**

La esperada mañana llegó por fin. La reina, acompañada de su séquito, hizo su triunfal entrada en el palacio del arzobispo Supini.

–Solicito audiencia con su ilustrísima –proclamó con voz segura y poderosa.

–Su eminencia la recibirá en la biblioteca, puede usted esperar mientras le doy el aviso –contestó uno de los criados.

–Prefiero hablar con él en público, quiero que lo que tengo que decirle lo escuche todo el personal a su servicio, en especial su guardia personal, los soldados y caballeros.

El arzobispo no se hizo esperar; accedió al gran salón que hacía las veces de recibidor luciendo sus mejores galas.

–¡Qué agradable sorpresa! –dijo Supini con su habitual falsa sonrisa en los labios.

–El placer es mío –respondió su majestad.

–¿En qué puedo ayudarla? Estamos haciendo todo lo que podemos para resolver el pequeño incidente de la otra noche; pronto ajusticiaremos al culpable.

–Ya no será necesario nada de eso, precisamente venía para anunciar que el diamante ha aparecido.

Quiero disculparme con los guardias y soldados que han empleado su precioso tiempo buscándolo.

Serán gratamente recompensados por su trabajo.

El arzobispo palideció al escuchar aquellas palabras, le fallaron levemente las piernas cuando vio aquella preciosa piedra en las manos de la reina.

Los temblores y el tartamudeo le impidieron articular nada coherente.

–Tengo que solicitar que todos los prisioneros detenidos acusados del robo sean puestos en libertad de inmediato, serán debidamente indemnizados por los injustos daños sufridos.

La reina abandonó las dependencias palaciegas sin permitir a nadie hacer preguntas sobre la misteriosa aparición del diamante.

El arzobispo quedó tan impresionado que no supo reaccionar.

Momentos después las cerraduras de las celdas se abrían y los actores las abandonaban poco a poco sin recibir explicaciones.

Simplemente les anunciaron que eran libres.

Aquella misma tarde Román se presentó en el corral de comedias.

Lo que en principio comenzó como una fiesta para celebrar su libertad parecía un funeral.

Todos guardaban silencio y muchos no podían reprimir algunas lágrimas producto de la rabia interna que sentían.

Comían despacio para tratar de recuperar fuerzas y hacían piña para obligarse a olvidar aquel desagradable episodio de sus vidas cuanto antes.

No tenía sentido el rencor, nada ni nadie podría reparar ni vengar aquella vergüenza, ni quitarles del cuerpo los malos tratos sufridos.

Cuando Román apareció por la puerta, muchos tuvieron que reprimirse para no saltar sobre él y golpearlo sin descanso, también se mordieron la lengua para no insultarlo sin piedad.

Cualquiera de aquellas acciones les hubiesen devuelto a la celda.

–¿Qué deseas? –le preguntó María.

–He venido a pedir os disculpas personalmente por el cautiverio que habéis sufrido.

–¡Márchate de aquí! –gritó una de las mujeres–, no queremos tu compasión.

–Permitidme decir que desde el primer momento he tratado de resolver el caso a la mayor brevedad.

Suponía vuestra inocencia y no he descansado hasta encontrar el diamante y devolverlo a su dueña.

Esta confidencia que os hago no puede salir de aquí; mi vida podría correr serio peligro.

–¿Qué nos incumbe a nosotros tu vida? –repuso Pedro.

–A mí sí me importa –respondió María–. He de desvelaros un gran secreto.

La gran revelación de María tuvo que hacerse esperar; un mensajero traspasó la puerta de entrada, portaba una carta y una trágica noticia.

**¡Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe a las reales personas! ¡Vete, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira!**

Las voces podían oírse desde el jardín del palacio.

El encargado de recortar los arbustos no pudo evitar mirar hacia la ventana del dormitorio del arzobispo.

Dentro, dos hombres mantenían una acalorada discusión.

Bueno, realmente uno callaba y el otro lo tachaba de inútil y de falto de profesionalidad.

Una vez se hubo despachado a gusto, el arzobispo cerró los portones y habló en voz baja, pero sin abandonar el tono colérico:

–¿Cómo puede haber sucedido?

–No lo...

–¿Quién ha osado devolver el diamante a la reina?

–No tengo ni...

–¿No habrá sido uno de tus hombres?

–Le puedo jurar que no –dijo Tormaqueda rápidamente para poder terminar la frase.

–Encuentra al culpable y sácale la piel a tiras.

–Sí, su eminencia.

Tormaqueda hizo ademán de marcharse, pero lo pensó mejor y con voz humilde preguntó que cuándo cobraría por su trabajo.

Él había robado el diamante y se lo había entregado.

Encontrar al ladrón de lo robado sería una nueva tarea.

El arzobispo se quitó una de sus sandalias y Tormaqueda tuvo que agachar la cabeza para que no le alcanzara de pleno en ella.

Un carísimo jarrón no corrió la misma suerte y se destrozó en mil pedazos después de caer desde el aparador al suelo.

–¡No solo no cobrarás nada por el trabajo, inútil, también te descontaré de tu soldada el precio del jarrón!

Las nuevas voces volvieron a escucharse en el exterior, a pesar de estar cerrada la estancia a cal y canto.

Madrid se había convertido en un lugar peligroso; el secuestro y asesinato de las prostitutas, la limpieza llevada a cabo sobre los indigentes, los robos ocasionados por la miseria y el hambre...

La delincuencia de baja intensidad había aumentado, los hombres y mujeres que no tenían forma de llevar algo de pan a sus hijos se las tenían que ingeniar para conseguirlo de cualquier forma, robar por hambre no era una excusa, era una necesidad.

Los castigos que recibían estos rateros cuando eran pillados con las manos en la masa eran crueles; las autoridades se habían propuesto disuadir al personal a base de palos y castigos físicos de que era mejor morir de inanición que correr el riesgo de convertirte en amigo de lo ajeno y que fueses descubierto en el intento.

La delincuencia de los altos cargos, ya fuesen clérigos o nobles, no era de baja intensidad, pero rara vez se llegaba a castigar y casi nunca era perseguida; la autoridad estaba muy ocupada castigando a quienes no tenían nada para comer.

## **Para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna.**

La noticia que María tenía que contar a todos tuvo que esperar. El mensajero preguntó por Lucía. La chica se levantó temblorosa, se temía lo peor.

–El soldado Sebastián Cano ha fallecido en acto de servicio.

Murió como un héroe, recibió una bala perdida mientras trataba de desenterrar a unos compañeros que habían quedado sepultados bajo tierra tras un cañonazo.

Entre sus ropas se encontró esta carta para su prometida.

Lucía cogió la carta y se desvaneció.

Sus amigos corrieron en su ayuda, la sentaron en una silla y le echaron agua fría por el rostro tratando de reanimarla.

Cuando se sintió con fuerzas leyó el contenido de la carta, sin dejar de derramar lágrimas que emborronaron algunas de las palabras:

*Querida Lucía.*

*Siento haberme alistado en esta guerra inútil, debería haberte hecho caso y haber permanecido a tu lado.*

*El dinero no tiene importancia, no proporciona la felicidad, en cambio los momentos junto a ti son lo más maravilloso que he disfrutado en la vida.*

*Quiero decirte que he decidido volver, esto es una locura, un sinsentido absurdo.*

*A mi alrededor los muertos se cuentan por decenas, temo todos los días por mi vida, el mundo militar no está hecho a la medida de mi espíritu.*

*Yo soy un poeta, y tú eres mi musa, desde que no te tengo a mi lado me siento languidecer.*

*Apenas puedo comer; el disgusto por no verte, sumado al miedo que me posee día y noche, me han convertido en un esqueleto andante.*

*La guerra me ha demacrado, no lo hubiera pasado peor en Madrid ni viviendo de la mendicidad.*

*Te amo desde lo más profundo de mi corazón, eres la luz que me ilumina al caminar, el faro que me guía, el calor de mi hoguera, la esperanza en mi desesperación y la poca felicidad que me queda.*

*Voy a recuperar el tiempo perdido, juro que dedicaré todos los minutos que me restan de vida para cuidarte, amarte y hacerte feliz.*

*Eres lo único que da sentido a mi desdichada vida.*



*Hasta pronto. Te quiero.*

El papel cayó de sus manos y a Lucía tuvieron que sujetarla para que no siguiese los mismos pasos; la emoción había vuelto a provocarle un desmayo.

Decidieron llevarla a una de las habitaciones y tumbarla en la cama.

Romero no cesaba de maldecirse.

Se sentía culpable de la muerte de aquel joven.

La pareja le había pedido trabajo en la compañía, pero las cosas no andaban muy bien por aquella época y solamente pudo contratar a la chica.

Aquella decisión lo había empujado a alistarse en el ejército; sabía que si le hubiese ofrecido algún papel aún se mantendría con vida.

**Desta manera habían de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido y sin blanca.**

Las noches gozaban de total impunidad para todo aquel delincuente que quisiese realizar sus fechorías al cobijo de la oscuridad.

Calles estrechas, tortuosas y negras como una caverna.

Las veladas en las que la luna no brillaba o el cielo estaba algo encapotado, era casi imposible conocer a quien te cruzases de frente.

A toda esta tiniebla había que añadir que los ciudadanos solían ir embozados con sus amplios sombreros de ala ancha, con el pañuelo protegían la nariz y la boca de los nauseabundos olores que emanaban de los fétidos charcos y regueros de aguas fecales, así como con su oscura capa la mayoría de las veces echada sobre los hombros tapando gran parte del rostro.

Los tristes días se sucedían sin pausa, y los acontecimientos descargaban su feroz látigo sobre hombres y mujeres que no podían hacer otra cosa que resignarse a su destino.

Lope saltó del carruaje sin esperar a que estuviese completamente parado.

Subió las escaleras del palacio de dos en dos, recorrió los pasillos sin permitir que la servidumbre ni la guardia del arzobispo pudiesen detenerlo.

Era temprano, aquel vago disfrazado de eclesiástico estaría dormitando en su alcoba. Espero que no tenga compañía, pensó.

Abrió las puertas del dormitorio de un fuerte empujón.

Se dirigió hacia la cama para pedir explicaciones por los desafortunados e injustos encarcelamientos que habían sufrido los miembros de su compañía.

Aquello no debería quedar así.

Palideció al ver el cuerpo del arzobispo tirado en la cama, con el camisón blanco cubierto de sangre.

Sin duda estaba muerto, se dio cuenta en cuanto se acercó para ver si podía hacer algo por ayudarlo.

Le tomó la vena aorta con el índice, aunque no habría sido necesario, aquel cuerpo estaba exangüe, las sábanas, las vestiduras e incluso el suelo habían absorbido hasta la última gota roja de sangre de Supini.

A juzgar por la falta de color azul, este hombre no tenía nada de noble, pensó de manera burlona.

No fue necesario solicitar auxilio; los criados y los guardas entraron en tropel siguiendo a Lope, que había irrumpido sin permiso en las dependencias del palacio.

En principio le agredieron, lo empujaron obligándolo a arrojar al suelo y lo registraron buscando el arma homicida, pero pronto se dieron cuenta de que el cadáver estaba frío y de que era muy posible que llevase muerto desde la noche anterior.

## **Para todo hay remedio, si no es para la muerte.**

Las calles de la villa descansaban del bullicioso vivir de las gentes que las habitaban durante los largos días, ahora la noche los había recogido en sus casas; tras las puertas y las ventanas se sentían seguros; no conocían su destino, no sabían qué les depararía el mañana, pero ahora descansaban a la luz de una vela, contando historias de humor, de terror o de amor.

Eran felices al calor de la hoguera.

Llevaba varios días sin llover.

El ambiente comenzaba a ser demasiado seco, las gargantas notaban la aspereza del aire, y si continuaba esta situación durante mucho tiempo tendrían que salir a los campos a buscar agua en los pozos que albergaban los ríos subterráneos que provenían de las montañas.

Era paradójico que el cuerpo del arzobispo fuese velado en una sala que parecía el museo de la guerra.

De la pared colgaban armas de acero fino, tanto ofensivas como defensivas.

En uno de los rincones, firme como un soldado, se erigía una armadura, con su celada para resguardar la cabeza y su coselete para el pecho y la espalda.

También lucía una cota de malla y una gola para proteger la garganta.

Expuestas tras unas vitrinas y perfectamente alineadas se podían admirar multitud de armas blancas y arrojadizas: aguijón, alabarda, alfanje, azcona, ballesta, cerbatana, cimitarra, cuchillo, daga, espada, flecha, hacha, lanza, partesana, pica, puñal, saeta, eran por orden todas y cada una de ellas.

Tras las cristaleras de la parte opuesta se exhibían las armas de fuego: el pedreñal, la pistola, el pistolete, el arcabuz y la escopeta eran algunas, entre otras muchas.

El ataúd reinaba en el centro del salón, elevado sobre una gran mesa de madera repujada y ornada de oro.

Coronas y ramos de flores se amontonaban a su alrededor.

Las personalidades iban desfilando para presentar sus últimos respetos al cuerpo sin vida del arzobispo.

Nobles, ministros, secretarios, curas, obispos y monjas, se acercaban de uno en uno para besar el anillo de la mano de Supini.

La hilera de gente era numerosa, pero el tiempo que permanecían dentro de la sala era mínimo.

Un reguero de individuos más interesados en ser vistos que en despedirse del difunto, iba entrando por una de las puertas, rodeaba el cuerpo sin vida y salía por otro acceso habilitado para la ocasión.

No muy lejos de aquel suntuoso lugar, descansaba el cuerpo sin vida de Sebastián.

Su caja era de madera sin pintar, la habían elevado sobre una pila de libros y las flores que se agolpaban a su alrededor habían sido recogidas del campo por sus seres queridos.

Los actores permanecían sentados en silencio, velando al soldado poeta.

No esperaban a nadie más, eran una familia y entre ellos quedaría el funeral.

Lope y Román se encontraron en la calle.

–¿No deberías estar en palacio despidiendo a tu jefe? –le espetó Lope por saludo.

–Prefiero estar aquí, pero no me atrevo a entrar.

–Sube conmigo, no seas tímido; esta gente es agradecida con los buenos gestos.

Los dos hombres entraron en la habitación, presentaron sus respetos a la desconsolada viuda y tomaron asiento en silencio.

**La honra del amo descubre la del criado; según esto, mira a quién sirves y verás cuán honrado serás.**

Tormaqueda despertó sobresaltado.

Era un hombre que no solía tener remordimientos sobre sus actos; se podría decir que había alcanzado una especie de distanciamiento entre su interioridad y los cruentos sucesos en los que se veía envuelto en demasiadas ocasiones.

A solas era un hombre tranquilo, le gustaba disfrutar de la lectura y paladear alguna buena bebida estimulante mientras fumaba tabaco de calidad, regalo de algún alto cargo en agradecimiento a sus servicios.

Pero aquella mañana se mostraba intranquilo.

La muerte del arzobispo podría hacer que todo cambiase en su vida.

Reunió a todos sus hombres, incluido Román, y pronunció la siguiente arenga:

–Os pido máxima concentración y esfuerzo para tratar de resolver el asesinato de su eminencia el arzobispo Supini.

Yo me haré cargo en persona de supervisar toda la investigación.

Estamos a la espera de la designación del nuevo arzobispo, vamos a actuar con profesionalidad y a demostrar nuestra valía para que podamos seguir desempeñando nuestro trabajo en el mismo puesto que hasta ahora.

Si el nuevo cargo eclesiástico está contento con nosotros, le juraremos lealtad eterna por encima incluso de nuestro honor.

Si por el contrario decide contratar a personas de su confianza para su propia guardia, no debéis preocuparos, se os reubicará y seguiréis desempeñando una labor parecida a la actual pero en otras secciones.

Podéis marchar y recordad que debemos ser todo ojos y oídos para encontrar al asesino lo antes posible, de ello puede depender nuestro futuro.

Gracias a todos.

Aquello sonó como una despedida.

No confiaba en que el nuevo arzobispo contase con ellos; estaba casi seguro de que cambiaría su guardia personal desde el primero hasta el último hombre.

Volvió a sus aposentos y comenzó a recoger sus enseres personales.

Sacó su ropa, casi toda negra excepto las blanquísimas camisas, y comenzó a guardarlo todo en baúles.

Esto podría haberlo hecho cualquier criado del palacio, pero él era muy celoso de sus pertenencias, no le gustaba que enredasen en sus cosas.

Román visitó la habitación donde tuvo lugar el crimen.

Recordó cuando había entrado a escondidas y no pudo evitar fijarse en los cajones secretos y escondrijos que ocultaban aquellos fornidos muebles de madera.

Cuando retiraron el cadáver procuraron contaminar lo menos posible la escena para que los encargados de la resolución del asesinato pudiesen encontrar alguna pista fiable.

Las sábanas estaban revueltas, la sangre teñía de rojo todo lo que había encontrado a su paso al fluir desde el grueso cuerpo del arzobispo.

Sabía que no encontrarían nada de interés en aquel lugar, pero quiso imaginar cómo se habrían desarrollado los hechos.

Su eminencia solía acostarse temprano, cuando no tenía compañía femenina se llevaba un libro a la cama y leía hasta que el sueño lo vencía.

El agresor debía ser de confianza; la guardia no solía apostarse en la misma puerta, el arzobispo se lo tenía prohibido, temía que pudiesen escuchar sus devaneos nocturnos.

La habitación tenía un acceso secreto que muy pocos conocían para poder escapar o esconderse si algún peligro acechaba el palacio.

De tal modo que el asesino podía haber burlado con facilidad la vigilancia de los guardias, que solían quedarse dormidos en mitad de la noche, o podría haber accedido por el pasadizo.

De cualquier forma, el arzobispo se había levantado a dialogar o discutir con su asesino, posiblemente ignorando sus intenciones; las manchas de sangre comenzaban más allá de la alfombra y el reguero que dejaron conducía hasta la cama.

Por tanto discutieron, el agresor le clavó el puñal en el pecho y Supini, sintiéndose malherido, se terminó desplomando sobre la cama, donde lo encontró al día siguiente Lope de Vega.

A Román aquel asunto no le olía nada bien, si se llegase a saber todo lo que él conocía, la mismísima reina se convertiría en la principal sospechosa.

Todo apuntaba hacia ella.

El arzobispo había robado su diamante, pero probablemente a su majestad lo que realmente le había molestado era la falta de respeto que el hecho había demostrado hacia su persona.

Además era consciente de la lucha de poder entre la Iglesia y el Estado.

El arzobispo era una persona muy poderosa, con multitud de incondicionales bajo su servicio ocultos en enclaves muy importantes de la administración.

A esto había que unirle el incommensurable poder que le otorgaba la Inquisición.

La imprevista entrada de Tormaqueda en el dormitorio lo alejó de sus pensamientos.

–Ya podéis descansar.

Cerró la puerta una vez que se hubieron marchado todos sus hombres, excepto un selecto grupo de su confianza entre los que se encontraba Román.

–No hace falta que sigáis con la investigación; está claro que el asesinato es un encargo de su majestad la reina y nosotros no tenemos ni el poder ni las pruebas necesarias para acusarla.

Dejaremos el caso en manos de la nueva guardia y que ellos se encarguen.

Acaban de comunicarme que nuestros días como protectores del Arzobispado han concluido.

Por descontado nuestras secretas actuaciones como caballeros negros al servicio de la Inquisición se dan por finalizadas también.

Os agradecen el trabajo realizado y yo personalmente espero contar con vuestro servicio en el nuevo emplazamiento, que, por otra parte, todavía no se me ha comunicado.

Román sintió un gran regocijo en su interior.

Casi no lograba disimular su alegría mientras sus compañeros no podían evitar las caras de asombro y tristeza.

Por fin se habían terminado sus días bajo el mandato de aquel tirano.

Era hora de cobrarse el favor que la reina le había prometido. Una nueva vida al servicio del bien le esperaba.

De pronto, un oscuro presentimiento le amargó los placenteros pensamientos de futuro y felicidad.

Si realmente su majestad había ordenado la muerte del arzobispo, el trabajo que le esperaba no sería muy diferente del que había estado llevando a cabo hasta la fecha.



**En los casos arduos y dificultosos, en un mismo punto han de andar el consejo y la obra.**

El acceso a la sala no pudo ser limpio, se vio obligado a romper uno de los cristales de las altas ventanas que desde la parte del pasillo eran bajas, ya que el departamento en el que se practicaban las autopsias estaba ubicado en un sótano.

Por tanto, Román tuvo que agacharse para acceder al lugar y luego saltar desde lo alto para caer sobre una mesa metálica, provocando un estrépito que hizo que sus nervios llegasen casi al colapso.

Se mantuvo quieto y a la escucha para ver si algunos pasos se acercaban alertados por el ruido.

Esperado un tiempo prudencial, y una vez que se sintió a salvo, encendió una vela que llevaba guardada en uno de sus bolsillos.

Varias camillas se ordenaban perfectamente alineadas, cubiertas por unas sábanas que ocultaban sendos cuerpos sin vida.

Tenía que acceder a los informes de la autopsia del arzobispo, si esperaba algo más de tiempo sabía que serían destruidos por la misma mano poderosa que había cometido el asesinato.

Comenzó a revolver en el despacho del médico forense, abrió cajones y registró los ficheros apilados en el archivador.

Finalmente encontró los documentos que buscaba.

Había una carpeta de la que extrajo unos papeles donde se detallaba la hora de la muerte y la causa, apuñalamiento; pero eso ya lo sabía.

La sorpresa estaba en una pequeña bolsa de tela que contenía una pequeña esquirra metálica.

Según el informe, la diminuta lámina pertenecía a la hoja del puñal que provocó la muerte con sus heridas.

El trocito de metal había quedado incrustado en una de las costillas del arzobispo.

Se guardó el sobre con la prueba y simuló un robo llevándose algunos medicamentos; por aquellas fechas se estaban produciendo asaltos a las consultas de conocidos doctores de la villa en busca de unas medicinas que las personas desfavorecidas no podían pagar.

## **La grandeza del rey resplandece más en el misericordioso que en el justiciero.**

La vida de los escritores solía ser aburrida, siempre hay excepciones como la del sin par Lope de Vega, pero lo normal es que se tomasen su trabajo como una tarea de oficina.

Era casi imposible por aquella época vivir de la pluma, por lo que la escritura, para la mayoría, era una afición que de vez en cuando le proporcionaba alguna ayuda económica.

Esas personas capaces de crear con palabras toda clase de aventuras, de dar vida a los más apasionados romances, de caracterizar al más audaz de los caballeros y a la más bella de las damas, solían tener una vida aburrida y anodina.

El Fénix, en esta ocasión era una «rara avis»; es muy probable que su vida y las aventuras amorosas que la poblaron superasen con creces a la acción de sus comedias.

Muchas veces le encargaban comedias encorsetadas en las convenciones de la vieja poética de Aristóteles, Lope se negaba; sus obras gozaban de mayor libertad de acción, que llegaba a ser incluso doble y muchas veces paralela.

Gustaba ubicarlas en varios espacios, aunque con ello contravenía la tan manida poética. También alargaba el tiempo, pero prefería dotar de unidad temporal a cada uno de los actos, aunque entre ellos pasasen años.

Al comienzo de cada jornada, algún actor recitaba un soliloquio resumiendo el lapso transcurrido y relataba lo necesario para que el público quedase informado de lo sucedido y no representado, así como de lo que verían sobre las tablas a continuación.

Su majestad los recibió en un gran salón rodeado de columnas sobre las cuales descansaba un corredor cuya única función era dar acceso a las estanterías repletas de libros que lo rodeaban por su parte de arriba.

La leña crepitaba en la chimenea y el cálido ambiente invitaba a sincerarse.

Tres eran las personas allí reunidas en altísimo secreto.

Román se dirigió a la reina en estos términos:

–Quiero formar parte de su guardia personal y también que me encargue la investigación sobre el asesinato del arzobispo Supini.

–El nuevo arzobispo Sisebuto ya ha encargado a sus hombres ese trabajo.

–Bien, al menos deme permiso para que en mi tiempo libre pueda actuar con libertad y dedicarme, con su licencia, a tratar de resolverlo.

–Eres un joven muy tozudo, pero también muy perspicaz, o mucho me equivoco o tienes algo entre manos.

–En este caso su majestad es la perspicaz. ¿He de suponer que trabajaré para usted?

–Supones bien –contestó ella.

Lope de Vega asistía en silencio e intrigado a la conversación entre los otros dos.

Y se preguntaba qué pintaba él en aquel asunto.

Román, que debió intuir los pensamientos del Fénix, se dirigió a él.

–Para llevar a buen término mis propósitos necesitaré la inestimable colaboración del genial dramaturgo aquí presente.

–Presente; presente e intrigado.

–Me gustaría encargarle una obra de teatro –le espetó Román.

El joven investigador les contó sus intenciones.

Necesitaba la ayuda de ambos para el gran final que tenía preparado.

Con motivo de dar la bienvenida al nuevo arzobispo se sucederían multitud de actos, entre ellos alguna representación de teatro.

Allí es donde entraban ellos, Román quería que Lope escribiese una obra para uno de aquellos eventos festivos, por supuesto sería llevada a escena por la compañía de teatro que tanto había sufrido a causa del robo del diamante.

Tenían que prepararlo todo a la mayor brevedad posible.

## **Es bueno mandar, aunque sea un hato de ganado.**

Las callejuelas eran estrechas en la parte vieja de la villa.

Las empinadas cuestras parecían vencer la ley de la gravedad, regueros de aguas fecales bajaban por el centro de ellas.

Las fachadas eran pobres y de los balcones colgaba ropa tendida esperando el calor del sol de la mañana para secarse.

Román había madrugado para visitar a Tormaqueda en su antigua residencia.

La casa era muy modesta.

El postigo de la puerta cedió al empuje de una mano, desencajó la tranca y entró en un pequeño descansillo que hacía las veces de pasillo distribuidor.

Los pasos lo encaminaron a través de un patio empedrado y descubierto, dos pequeñas palmeras eran el único adorno visible.

Otra puertecita de madera y cristal lo condujo hasta la salita donde lo esperaba su padre adoptivo.

Tormaqueda vestía con una bata de estar por casa; le resultó extraño, pocas veces lo había visto sin el negro atuendo de caballero, con su eterna capa desgastada por los bajos y su sombrero miles de veces manoseado.

–Puntual como siempre, querido Román.

–Eso lo he aprendido de ti, permíteme que te llame Juan.

–Como gustes –repuso Tormaqueda.

–Me entregaron un mensaje en el que me citabas de forma urgente para proponerme algo interesante.

–Antes de nada, ¿qué puedo ofrecerte?

–Veo que tienes zumo de naranja recién exprimido.

–No te levantes, yo te serviré.

Tormaqueda recogió las cáscaras vacías de las naranjas y las hizo desaparecer de la vista.

Luego cogió dos cuencos de barro y los llenó hasta casi el borde del azucarado refresco.

Se sentaron a la mesa en dos sillas de madera carcomida.

–Me han ofrecido un nuevo destino fuera de la villa, en unos cuantos días me marcharía a Sevilla, si al final decido aceptar.

–Preciosa ciudad –valoró Román.

–Quiero que vengas conmigo y te conviertas en mi mano derecha.

-Me gusta mucho Madrid.

-Pero te has quedado sin trabajo.

-Tengo algunas ofertas.

-No me habías contado nada.

-En realidad suponía que me ibas a ofrecer algo parecido. Mi visita ha sido por cortesía, para despedirme.

-Parece que lo tienes claro -contestó con triste tono Juan Tormaqueda; en el fondo valoraba y apreciaba al muchacho.

-Creo que voy a aceptar un puesto del que no puedo hablar por el momento. También sé que te gusta el buen teatro y quería invitarte a la representación que se va a realizar con motivo de las fiestas de bienvenida al nuevo arzobispo.

-Si te soy sincero, no sé si aceptaré el trabajo en Sevilla, estaba tanteándote. Es posible que lo deje todo y me retire al campo, siempre me gustaron los animales y la vida sana de las huertas. Llevo mucho tiempo dándole vueltas, y después de lo ocurrido es posible que monte una pequeña granja y me ocupe de unos terrenos que tengo a medias con alguien.

-Eres una caja de sorpresas; qué oculta tenías tu faceta de agricultor y ganadero -dijo Román mientras recogía sus cosas y se despedía con un frío apretón de manos.

Román abandonó la casa con un sentimiento agri dulce, los pensamientos encontrados se agolpaban en su cabeza.

Pero a la tristeza que suponía separarse del que había sido un padre para él desde que tenía memoria, le fue ganando poco a poco la alegría de saberse libre.

Una nueva familia le estaba esperando.

Accedió al corral de comedias por una pequeña puertecita, la que normalmente utilizaban los actores.

Había ensayo general, de nuevo tenían la oportunidad de representar en el Palacio del Buen Retiro.

Lope había escrito una comedia para la ocasión en brevísimo tiempo, incluso para él, que acostumbraba a sacar obras como churros.

María no pudo contener su alegría, por fin había llegado el gran día.

El resto de sus compañeros no podía entenderla; por el contrario, sus rostros se ensombrecieron al recordar el encarcelamiento que habían sufrido a manos de Román y sus camaradas.

El único que mantuvo la sonrisa fue Carmelo; era un hombre incapaz de sentir rencor, además sabía que el chico no era mala persona, le había salvado de unos buenos latigazos durante el cautiverio.

María pidió a todos que bajasen del escenario y se sentasen en los bancos del patio.

Subió sobre las tablas acompañada de Román y se dispuso a desvelar el secreto.

–Todos conocéis mi triste historia, el asesinato de mis padres y el secuestro de mi hermano pequeño. Sabéis que desde entonces no he cesado de buscarlo, ni he tenido un minuto de felicidad completa a pesar de que sois mi familia y gracias a vosotros he podido seguir adelante.

–Gracias a ti, guapa, por alegrarnos la vida cada día –gritaron desde el patio.

–Este es mi hermano, el pequeñín que me arrebataron por la fuerza, que ya se ha convertido en todo un hombre.

–¿Cómo puedes estar segura?

Mientras Román se descubría el cuello aflojándose las ropas, ella les contó que se dio cuenta de la marca de nacimiento mientras la interrogaba en los calabozos.

Aquel descubrimiento había sido la causa de su desmayo.

Román quiso tomar la palabra:

–Quiero volver a pedir os disculpas por el suplicio y el calvario al que fuisteis sometidos por mis superiores. Ya sabéis que traté de resolver el caso lo antes posible, consciente de vuestra inocencia. Para congraciarme también he intercedido para que podáis recuperar vuestro prestigio en la representación en honor del nuevo arzobispo. Yo mismo le he sugerido la idea de la obra al genial Lope. Me gustaría formar parte de la vida de mi hermana y con el tiempo ganarme vuestro respeto y confianza. Para ello me he desvinculado de Tormaqueda y he aceptado un trabajo a las órdenes de su majestad la reina. En mi antiguo puesto he de reconocer que cometí muchos actos violentos e injustos contra personas inocentes, creía que la razón y la justicia estaban de nuestro lado. Desde este momento en adelante trataré de velar por la justicia e intentaré reparar con buenos actos los equivocados del pasado.

–Somos gente humilde pero sin malicia ni rencor, si de veras has cambiado te ofrecemos una oportunidad, pero sobre todo te la daremos para hacer feliz a la persona a la que más queremos, esa niñita rubia que parece ser tu hermana –profirió, con voz potente, un anciano de canosa barba desde el patio de los mosqueteros.

Todos aplaudieron las palabras del veterano actor y decidieron brindar con un buen vino que Lope de Vega les había regalado para celebrar el estreno de la nueva obra de teatro.

## **El mayor contrario que el amor tiene es el hambre y la continua necesidad.**

El camino que conducía a la pequeña casita de madera del monte era angosto, empinado y a veces resbaladizo.

Pedro tuvo que sujetar a María en varias ocasiones para que esta no cayese rodando ladera abajo.

Llevaban una cesta con comida suficiente para pasar el fin de semana.

Él escondía algo en una bolsa, pero se negaba a mostrarlo por más que ella insistía.

Por fin llegaron a lo más alto; allí estaba, majestuosa, coronando la montaña, la cabaña de Romero.

Siempre les había hablado de ella, pero nunca los había invitado a pasar unos días allí; ahora, había accedido a prestársela a los dos jóvenes sin tan siquiera pedir explicaciones.

El chico le pidió a ella que esperase sentada en la mecedora que presidía el pequeño porche.

La excusa era limpiar el recinto para que cuando ella entrase estuviese en perfectas condiciones.

No era del todo cierto, Pedro ya había subido el día anterior y la cabaña estaba tan limpia como una patena.

Le tapó los ojos con sus manos mientras la conducía al interior.

Olía muy bien, había rociado unas fragancias de rosas por todos los rincones.

Cuando María abrió los ojos después de que él suavemente retirara los dedos de su rostro, estuvo a punto de echarse a llorar producto de la emoción.

El suelo estaba repleto de velas encendidas que dibujaban un corazón y en el centro se podía leer su nombre, con letras mayúsculas: MARÍA.

Además rodeando al corazón se formaba una mullida alfombra de cientos de pétalos de flores de distintos colores.

–Ahora que has encontrado a tu verdadero herm...

Ella no lo dejó terminar y cogiéndole la nuca acercó sus labios a los de Pedro, fundiéndose ambos en un apasionado beso.

–Siempre te he querido –le confesó él al oído–, pero desde hace un tiempo también te amo y te deseo.

–Nunca quise que pasase esto, siempre fuiste como un hermano para mí, pero tienes razón, había algo más entre nosotros, y desde que apareció mi hermano de verdad,

supe que lo que sentía por ti no era lo mismo. Te quiero –le susurró mientras le mordía levemente el lóbulo de la oreja.

A la mañana siguiente Pedro no consintió que ella se levantara de la cama.

Salió de la casa, cortó unos troncos y encendió una cálida fogata en la chimenea; recogió unas flores del bosque y le preparó el desayuno a la mujer de su vida.

Volvió a la cama y degustaron juntos una nutritiva y deliciosa comida matinal.

Frutas, miel, pan tostado y un poco de leche.



**Pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la Fortuna anda más lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos hoy están por el suelo.**

A muchos de los allí reunidos les volvieron a la mente amargos recuerdos.

Para el nuevo arzobispo aquella noche sencillamente era el culmen de una carrera; había llegado a la cúspide, toda aquella celebración era en su honor y a su derecha lucía, deslumbrante como siempre, la mismísima reina de las Españas.

¿Sería verdadero el diamante que brillaba en su pecho o por contra una reproducción falsa?, se preguntó recordando los sucesos que tuvieron lugar durante la última representación en el Palacio del Buen Retiro.

La reina también recordó la noche del robo, cómo se había sentido humillada y ultrajada; más que el dolor económico de la pérdida, había sentido una punzada en su orgullo por la falta de respeto que había tenido el autor del hurto.

Mucho peores eran los recuerdos para los actores.

Aquella obra supuso un gran hito en sus carreras; habían vivido con nerviosismo los días previos, todo tenía que resultar perfecto, como así fue.

La representación encantó al público, que no paró de aplaudir y les hizo salir a saludar varias veces antes de abandonar sus butacas.

Era mucho mejor olvidarse de los sucesos que tuvieron lugar posteriormente.

El encarcelamiento, la tortura física y psicológica, la falta de comida y el deterioro moral que supuso el robo de aquella maldita piedra.

Con el dinero que le suponían a la Corona los caprichos de los reyes, nobles y cortesanos, se podría alimentar a un pueblo entero durante un año.

El silencio se hizo en la platea cuando apareció uno de los actores para pronunciar la loa y presentar al resto de los comediantes.

En aquella ocasión se explicó que la obra de teatro que iban a tener el placer de poder disfrutar había sido concebida por un joven desconocido, aquella era su primera aproximación a las tablas.

Sin embargo había preferido que el genial e inmortal ingenio de las letras Don Lope de Vega y Carpio la transformase en el prodigio que se desarrollaría a continuación.

Pidió atención y paciencia, además agradeció a las autoridades la nueva oportunidad que se les brindaba.

Se apagaron las luces y se iluminó el escenario, los ojos se centraron en un niño pequeño que lloraba.

Sus padres despertaron y trataron de confortarlo para que cesase su llanto.

De pronto unos hombres saltaron a escena de forma violenta tirando abajo la fingida puerta de la casa.

Acuchillaron a los padres y se llevaron al niño pequeño.

Aquellos malvados caballeros no se dieron cuenta de que una niña de cabellos de oro y grandes ojos había presenciado la escena.

El público observaba en profundo silencio a aquella niña sola, que se había quedado sin familia en un abrir y cerrar de ojos.

En las siguientes escenas la niña iba creciendo al cuidado de los actores de una compañía de teatro y en concreto de un matrimonio que ya tenía un hijo.

Entre la jovencita y el muchacho se podía intuir una gran amistad, y quizá incluso sentimientos más profundos.

Pero todo quedaba en el aire, ninguno se atrevía a dar un paso más.

En las butacas no se movía nadie, el interés y la intriga aumentaba por momentos y las caras de asombro se sucedían entre los allí presentes.

Sobre todo cuando el niño secuestrado, convertido en un apuesto joven, se veía obligado a realizar violentos y salvajes actos al servicio de sus nuevos compañeros.

Una facción secreta de la Inquisición llamada Los caballeros negros, actuaban con despiadada diligencia sobre todo aquel sospechoso de herejía o de cualquier conducta sospechosa de ser delictiva.

La sorpresa de los espectadores llegó a límites insospechados cuando el capitán de los Caballeros Negros entraba en el aposento de la reina y robaba un valioso diamante.

Algunos no pudieron evitar llevarse las manos a la cabeza boquiabiertos cuando descubrieron que el robo había sido encargado por el arzobispo, que también ostentaba el cargo de alto mandatario de la Inquisición.

La tensión fue «in crescendo» hasta llegar a la escena culminante.

El arzobispo descansaba tumbado en su cama, disfrutando de un buen libro, como acostumbraba.

El capitán de los Caballeros Negros se introdujo con sigilo en la estancia.

El arzobispo se levantó mostrando su lujoso camisón blanco y comenzó entre ambos una acalorada discusión.

Capitán: Quiero mi dinero.

Arzobispo: No recibirás ni un solo real.

Capitán: Pero el trabajo está realizado.

Arzobispo: Yo no tengo en mi poder el diamante, averigua qué ha pasado, cómo ha vuelto a manos de su dueña.

Capitán: (Fuera de sus casillas). Págame lo que me debes o contaré a todos lo que hemos hecho.

Arzobispo: (Montando en cólera y blandiendo el libro en alto para intentar golpear al capitán en la cabeza). Márchate si no quieres que ordene tu detención.

Los gritos y chillidos corrieron como la pólvora entre los asombrados asistentes cuando el capitán sacó su daga y la introdujo con un enérgico gesto colérico en el pecho del arzobispo.

Mientras los comentarios y los cuchicheos no cesaban entre el público, una figura se levantó de su asiento y se dispuso a abandonar el teatro caminando con sigilo por el pasillo central.

En aquel preciso instante y ante el asombro y la sorpresa de todos, Román saltó a escena.

–Detengan a ese hombre –gritó señalando a Tormaqueda.

La nueva guardia personal del recién nombrado arzobispo se abalanzó sobre el sospechoso, reduciéndolo antes de que pudiese defenderse.

Mientras Tormaqueda gritaba declarando su inocencia, Román decidió subir a escena al que hasta entonces había hecho las veces de su padre.

Cuando lo tuvo justo delante, sobre aquellas tablas y ante la mirada de todos aquellos asombrados ojos, que ya no sabían si aquello era realidad o ficción, sacó una pequeña bolsa de uno de sus bolsillos.

Del otro bolsillo sacó un puñal.

–¿Es esta tu daga?

–No lo sé.

–Aquí en la empuñadura, perfectamente tallado, aparece tu nombre, Tormaqueda –leyó Román en voz alta.

–¿Cómo es que tienes mi puñal, te has atrevido a robármelo?

–Lo sustraje de tu casa cuando te visité la pasada jornada para despedirme de ti e invitarte a la representación.

–¿Qué demuestras con esta pantomima? –se defendió Juan Tormaqueda.

–Esta bolsita que tengo en mi mano derecha contiene una pequeña lasca metálica. También la robé antes de que tuvieses la ocasión de hacerla desaparecer.

–¿Para qué iba a hacer tal cosa?

–Esta esquirra fue encontrada por el médico forense incrustada entre las costillas del arzobispo. Ahora comprobaré que coincide exactamente en el hueco que le falta a la hoja de este homicida estilete.

El asombrado público se volvió loco aplaudiendo y lanzando vítores sin saber muy bien si aquello era real o seguían bajo el influjo de la ficción teatral.

Su majestad la reina no pudo más que dejar escapar una orgullosa sonrisa. Había contratado a una joya de la investigación.

Un diamante en bruto que acababa de ascender a capitán de su guardia personal y tenía la intención de convertirlo en hombre de su total confianza.

## **Siempre la melancolía fue de la muerte apariencia.**

Félix Lope de Vega y Carpio, el «Fénix de los Ingenios» nació en 1562.

Su primera etapa de vida coincidió con el reinado de Felipe II (1556-1598), quien asentó la corte en Madrid.

Reformó y modernizó la administración de la institución monárquica.

Se declaró en bancarrota en varias ocasiones, las cuestiones sobre la hacienda pública le sobrepasaron y los ingentes gastos militares eran imposibles de sostener.

La derrota de la Armada Invencible supuso el declive del poderío militar español en Europa.

Su sucesor fue Felipe III (1598-1621), cuyo ministro fue el duque de Lerma.

Este reinado se caracterizó por ser una época de paz y de tratados internacionales.

La economía se recuperó al no tener que soportar el Estado los excesivos costes de la guerra.

Pero por otro lado surgió una creciente corrupción administrativa.

En aquella época se fortaleció el poder de la nobleza.

La expulsión de los moriscos supuso un duro golpe a la economía del país.

Felipe IV (1621-1665) accedió al trono con 16 años.

El conde-duque de Olivares se hizo cargo del gobierno y comenzó a dismantelar la corrupción del reinado anterior.

Desterró a ministros y mandó ejecutar a algunos altos cargos.

Los últimos años de Lope fueron para él de profunda crisis existencial.

Juana de Guardo era una mujer enfermiza y termina falleciendo a consecuencia del parto de Feliciano.

Carlos Félix murió de unas fiebres.

Su terrible situación lo llevó a ordenarse sacerdote, pero en las postrimerías de su vida cometió sacrilegio al enamorarse de Marta de Nevares, a la que llamaría en sus versos Amarilis y Marcia Leonarda.

Escribió poemas burlescos bajo el heterónimo Tomé de Burguillos.

Marta padeció ceguera, perdió el juicio y terminó muriendo loca; Lope no se separó de ella hasta el último suspiro.

Su hijo favorito, Lope Félix, murió ahogado mientras se encontraba de pesca, y su hija Antonia fue raptada por un tal Tenorio (paradójico nombre).

Lope de Vega murió el 27 de agosto de 1635.

Su funeral fue multitudinario y su fallecimiento muy sentido por todos los amantes de las letras y del buen teatro.

## **Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso.**

En algunas ocasiones se cumple la máxima de que la buena gente termina disfrutando de un final feliz.

En este caso la justicia poética se encargó de corregir y dirigir el rumbo de aquellas gentiles y bondadosas personas que en este caso han terminado convirtiéndose en los protagonistas de esta historia.

Pero la felicidad es cierto que nunca es completa.

Una sombra de peligro nunca dejó de planear sobre sus cabezas.

La calle del Teatro se convirtió en la calle del amor.

En una de aquellas pequeñas pero bonitas viviendas se alojaban María y Pedro; en la casa de enfrente vivía su hermano Román.

Al principio se hizo muy amigo de Lucía, la joven muchacha viuda del soldado muerto en acto de servicio en Flandes; la amistad terminó dando paso al amor y ahora habían terminado viviendo juntos.

Una de las casas cercanas era el hogar de Carmelo, que se casó con la hermosa Benita.

No quisieron que su buen amigo Romero se quedase solo y desde el primer día vivieron los tres juntos.

Pero una agradable noticia los sorprendió a todos, una amiga de Benita y el gallardo Romero anunciaron que se habían enamorado, desde aquel momento vivieron los cuatro juntos.

El sobrino de Lope, Miguel, desapareció de la escena en cuanto supo que María y Pedro estaban enamorados; al principio guardaba alguna esperanza de poder conquistar el corazón de la joven, pero pronto se convenció que aquel amor era para toda la vida.

Se marchó una mañana sin despedirse de nadie y desde entonces no lo había vuelto a ver.

Román siguió investigando durante algún tiempo el caso de las prostitutas secuestradas y asesinadas.

Había conseguido pruebas que delataban y apuntaban a Tormaqueda, que permanecía en prisión por el asesinato del arzobispo Supini.

Román sabía que no estaría mucho tiempo encarcelado; Tormaqueda tenía muchos contactos y amistades en las altas instancias, por tanto, temía que cualquiera de

aquellos días le concediesen una amnistía por los trabajos prestados al Santo Oficio o que alguno de sus guardias sobornado lo dejase escapar en mitad de la noche.

Todos sabían que no descansaría hasta tomar cumplida venganza de ellos, comenzaría matando a los seres queridos de Román y terminaría torturándolo cruelmente hasta que no le quedase en el cuerpo un halo de vida.

El miedo a que todo aquello ocurriese era el que movía a nuestro investigador a apresurarse en buscar pruebas que lo incriminasen e hiciesen que su estancia en la cárcel se alargase hasta el final de sus días.

Durante el encierro de Tormaqueda los asesinatos de las prostitutas habían cesado, esa era otra prueba evidente de su culpabilidad.

La mala suerte quiso que la misma mañana en la que Román presentaba todos los detalles de su investigación inculpatória, apareciese el cuerpo de una prostituta que había sido asesinada aquella misma noche.

Probablemente fue casualidad, antes de los asesinatos de la carroza negra también habían aparecido chicas violadas, degolladas o ahogadas; los criminales habían actuado en Madrid desde el comienzo de los tiempos y lo seguirían haciendo con Torquemada o sin él en las calles.

El asunto es que tuvieron que desestimar las acusaciones de Román; si Tormaqueda permanecía encerrado y seguían muriendo prostitutas, estaba claro que el asesino andaba suelto.

Las sospechas de Román no tardarían en hacerse realidad, su terrible enemigo sería puesto en libertad gracias a un armisticio proclamado por el rey para celebrar su gran triunfo en la Guerra de Flandes.

Detrás de todo aquello se ocultaba una trama y una confabulación para dejar en libertad a Tormaqueda sin levantar sospechas.

Lo cierto es que aquellas buenas y honradas personas tuvieron que vivir con el miedo a sus espaldas; sabían que tarde o temprano Tormaqueda trataría de hacerles daño para vengar su encarcelamiento y escarnio público.

Una sombra negra salió de entre los muros de la prisión, se deleitó respirando profundamente el aire de la calle y tuvo que entornar los ojos para acomodarlos a la molesta y radiante luz del sol.

Había estado muchos años encerrado, pero por fin volvía a ser libre.

El negro carruaje lo estaba esperando, su servicial cochero lo saludó con una sonrisa y un leve gesto con la mano.

–Quiero ir a ver a Isabel.

Tormaqueda no había vuelto a tener noticias de la joven, supuso que para ella su encarcelación y el conocimiento de los detalles escabrosos de su forma de ser debían de haberle supuesto un duro golpe, difícil de digerir.

La chica conocía a un Juan Pedro, dulce y amable, pero desconocía su faceta cruel al servicio de la Inquisición.

Había vivido engañada su romance pensando que su amado era una persona buena y piadosa.

Nada más lejos de la realidad.

Bien era cierto que con ella siempre había sido un amante esforzado y entregado.

La quería, la cuidaba y la agasajaba con cientos de regalos.

Esto último era lo que le daba esperanzas para que ella lo perdonase; podría volver a mostrarle su faceta más amable, y si ella accedía de nuevo a su amor, él le prometería una nueva vida, se trasladaría a la casa de campo donde ella vivía a las afueras de Madrid y se dedicaría a hacerla feliz durante el resto de sus vidas.

Los días oscuros terminarían para siempre.

El camino que llevaba a la hacienda de Isabel se le hizo más largo que de costumbre.

Sus recuerdos lo habían ido recortando progresivamente, además ya no estaba acostumbrado a viajar en carruaje y se sintió bastante incómodo en un lugar donde había pasado tantos buenos momentos y en el que había gozado de bellas mujeres.

Pasó la travesía entre los apasionados recuerdos y la incertidumbre que sentía ante la inminente llegada a la casa de la chica.

Varias veces estuvo tentado de decirle al cochero que volviese sobre sus pasos, pero Tormaqueda no había sido nunca un cobarde, ni ante los hombres ni ante las mujeres.

Trató de darse fuerzas y se cargó de confianza eligiendo en su cabeza las palabras más apropiadas y humildes para que ella lo perdonase.

Una anciana señora regaba las flores que adornaban el camino de entrada a la vivienda.

–¿Está Isabel dentro? –preguntó una ronca voz desde el interior del carruaje.

La respuesta de la mujer cayó como una losa sobre la atormentada alma de Tormaqueda.

–La señorita Isabel falleció hace más de un año de unas extrañas fiebres.

Durante el viaje de regreso, que se le antojó mucho más largo que el de ida, la mente de Tormaqueda no dejó de maquinarse toda clase de venganzas contra las personas que lo habían encarcelado y que lo habían apartado de su amada hasta el punto de no poder gozar de sus últimos años de vida.

Todas las buenas intenciones con las que pretendía reconciliarse con Isabel se tornaron en odio y deseos de causar el mal a Román y a todos sus seres queridos.

Muchas noches, a la luz de la luna, se veía pasear muy lentamente por la Calle del Teatro un carruaje negro tirado por dos bellos corceles del color del azabache.

Sabían que la misma muerte viajaba en su interior.





Biblioteca del autor:

*Una llamada en mitad de la noche*

*Inquietante afición*

*El misterio de tu caligrafía*

*Manuscrito ensangrentado*

*La venganza del ciego y otros cuentos*

*Manuscrito ensangrentado*